

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 27. — N° 792.

SUMARIO.

El príncipe Humberto de Italia y la princesa Margarita; grabado. — La música religiosa. — La vida campestre en Inglaterra. — El Diamante. — El ferrocarril del Pacífico; grabados. — Revista de París. — Las Vestales. — El paso de las becas; grabado. — Embellecimientos de París; grabado. — Distribucion de alimentos en la cocina de los orfeonistas de Lila; grabado. — El Joven ermitaño. — M. Prunier; grabado. — La estacion del Midland-Railway en Londres; grabado. — Los paseos de París; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — Los funerales de Atahualpa; grabado.

los sucesos que han transformado la pequeña monarquía paterna y ha tenido su parte en esas luchas que han dado la corona de Italia á la casa de Saboya.

Su papel fué insignificante al lado del de su padre en aquella guerra tan rápida de la independencia italiana en que, gracias al concurso de la Francia, el Piamonte se ensanchó con las provincias arrebatadas al Austria; pero poco á poco se fué asociando al movimiento de la unificación italiana. Con efecto, le vemos tomar parte en la obra de la reorganización del antiguo reino de las Dos Sicilias y comparte en Nápoles la popularidad de Garibaldi (julio de 1862.)

En vísperas de los graves sucesos de 1866 el príncipe Humberto viene á París para sondear los sentimientos de la Francia respecto de la alianza entre Italia y Prusia. La acción sucede muy luego á las negociaciones, y el príncipe real prueba brillantemente que si el ejército italiano carecía de generales hábiles, al menos la bazarra de Victor Manuel se encontraba también en sus hijos.

Conocida es la conducta del príncipe Humberto y de su hermano el príncipe Amadeo en la batalla de Custoza (29 de junio de 1866.) El príncipe Humberto con el título de teniente general mandaba una división, y colocado de improviso en presencia de fuerzas superiores formó sus regimientos en cuadros, se encerró en uno de ellos, contuvo las cargas de los hulanos austriacos, y pudo esperar el socorro del general Bixio, con el cual protegió la retirada del general Durando: ellos dos impidieron que este primer descalabro se cambiara en derrota.

¿Añadiré que el príncipe Humberto declaró en febrero de 1866 que renunciaba al sueldo de su empleo de teniente general para no aumentar las cargas del presupuesto?

El enlace del príncipe Humberto con su prima hermana Margarita de Saboya ha dado margen en Italia á varias observaciones críticas. Habíase hablado allí de una archiduquesa y hé aquí que la casa de Victor Manuel se queda exclusivamente piamontesa y no sale aun de su humilde condiccion entre las familias soberanas de Europa.

El príncipe

HUMBERTO DE ITALIA

Y LA PRINCESA MARGARITA.

El casamiento del príncipe real de Italia, señala en estos momentos su persona á la atención de toda Europa, sin hablar de la significación que el hecho en cuestion puede tener en las interpretaciones de los hombres políticos.

Acontece muy á menudo que un príncipe real no tiene historia en la época de su casamiento; su biografía se resume en algunas líneas de los almanaques de corte que enumeran sus nombres y títulos. Como dice Beaumarchais, se ha tomado el trabajo de venir al mundo. En cuanto á nombres, hay príncipes que reciben veinte en la pila bautismal, y por lo que hace á títulos, encuentran placas y grandes cordones en la cuna.

Pero no es este el caso del príncipe Humberto, el primogénito de los dos hijos que aun le quedan á Victor Manuel.

Nacido el 14 de marzo de 1844 en las gradas del modesto trono de Cerdeña, el príncipe Humberto-Renato-Carlos-Manuel-Juan-María-Fernando-Eugenio, príncipe del Piamonte, ha crecido con



La princesa Margarita de Génova, prometida esposa del príncipe Humberto.

Pero ¿ha querido seriamente salir de esta condicion? En todo caso, la jóven princesa que no tiene mas de diez y seis años es encantadora, y el príncipe real de Italia no sería el primero en consolarse, casándose con la mujer que ama, de los reveses de las alianzas diplomáticas.

La princesa Margarita-María-Teresa-Juana de Saboya nació el 20 de noviembre de 1851, y es hija del duque de Génova Fernando, muerto el 10 de febrero de 1855, hermano del rey Victor Manuel y de la princesa Isabel, hija de Juan, rey de Sajonia, casada morgánicamente en 1856 con el marqués Rapallo.

Las fotografías que hemos visto de la jóven princesa como el retrato que damos á nuestros lectores, concuerdan con la fama acerca de las gracias y hechizos de su persona.

G. V.

La música religiosa.

(Conclusión. — Véase el número 790.)

La música del *Gloria in excelsis*, de la misa ordinaria, se dirige mas bien á la inteligencia que al corazón; pero de todos modos se apodera del pensamiento y lo eleva. Muy bien podríamos añadir á estos cantos algunos himnos de alegría, cuya música oportunamente inspirada no será jamás imitada (1). ¿En dónde se manifiesta mejor la alegría que en el *O filii et filiae*?

En los cantos de tristeza es donde nuestra música religiosa brilla con todo su poder. El paganismo divinizó la vida, la alegría, el placer; pero el cristianismo ha divinizado las lágrimas, el dolor, la humillacion voluntaria, la muerte. Todos los nobles gemidos, todas las angustias del alma se encuentran en nuestra música litúrgica.

Escuchad bien el canto del *Miserere mei Deus*; es una confesion patética en supremo grado de un corazón culpable, desgarrado por el arrepentimiento, y que implora á su juez perdón y olvide sus faltas. Suprimid las palabras, y á pesar de esto quedará un canto sordo, una súplica cargada de vergüenza, cuyo sentido no deja duda alguna.

Tampoco hay necesidad de palabras para comprender cuál es el huracán divino que brama en las notas del *Dies iræ*. Primeramente, sonidos graves, ritmo seco, iterativo, implacable: despues los cantos que van subiendo poco á poco, para despues confundirse con la amenazadora monotonía de los primeros, son desgarradores. Yo no sé cuál es este horror, esta angustia que va y viene incesantemente en el fondo sombrío de esta siniestra melodía: este canto terrible y sublime á la vez, cuyo semejante no existe, no es mas que un murmullo continuo é inexplicable de horror. Al oírlo, el alma mas pura se sobrecoge de espanto. Sin embargo, no hay que desesperar, el refugio de la misericordia está abierto; un rayo de esperanza se manifiesta y el alma lo recoge: por él se ve iluminada y reanimada; por eso ruega; pero ved con qué acento:

Recordare Jesu pie,
Quod sum causa tuæ vie,
No me perdas illa die.

¿Quién al llegar aquí no siente que su alma se hunde con tranquila mirada en la profundidad de estas perspectivas inmortales?

Aun hay algo mas terrible que el morir; este algo es el ver morir á la persona que uno ama. El cristianismo no ha divinizado el dolor del padre á quien la muerte ha separado de su hijo. ¿Ha querido con esto imponer á un padre de familia el que tenga un valor y resignacion varonil? Yo no lo sé; tal vez sea así. Lo cierto es que ha envuelto con admirable poesia los suplicios de una madre que acaba de perder el fruto de sus entrañas. Su dolor es sagrado, tiene derecho á llorar sin medida y sin fin, y aun el de rehusar el que la consuelen. El cristianismo sabe que el único medio que hay para calmar este dolor de madre es el de llorar con ella; por esto le llora este canto, que no es otra cosa que un prolongado suspiro:

Stabat Mater Dolorosa.

Esta poesia, tan conmovedora como sensible, nos pinta el corazón de María, recibiendo, como de rechazo, todas las heridas de Jesús: algunas plegarias van mezcladas con este canto. La música religiosa le ha dedicado una melodía desgarradora y triste, que tan pronto se eleva hasta lo mas agudo como desciende á lo mas grave, segun los alternativos movimientos del dolor. El efecto es penetrante, y á pesar de sus años siempre lo encontramos vivo y nuevo (2).

Me parece que no se puede describir mejor la belleza del canto litúrgico que es el *canto llano*.

Ahora, que los que creen que no hay quien tenga «autoridad suficiente para decidir en este asunto, y de-

(1) Tal es el himno *Ave Maria Stella*, cuyas catorce primeras notas son bastante poderosas para convertir al hombre mas endurecido, por el solo deseo de cantarlas.

(2) M. Charles Leveque, *Tratado de lo bello*, tomo I.

cirnos en dónde está el *criterium* para distinguir en música lo que es religioso y lo que es profano,» comparen las *cantinelas* modernas con la grandiosidad y grave armonía de las obras antiguas, y que ellos mismos decidan de buena fe. Advirtiéndoles que, en *religion*, el gusto no varia, porque la Iglesia no se inspira en ningún periódico de modas ni de teatros.

Kalbrenner criticó á Moisés porque mandó que jamás se variasen los cantos introducidos en el templo para glorificar á Dios. Moisés, al dar esa ley, tuvo presente que Dios es invariable en su perfeccion y atributo; por lo tanto, nuestra veneracion debe ser siempre la misma. Hasta hace poco así se ha hecho, pues si bien es verdad que en la forma se ha introducido alguna variacion, en el fondo existe el canto llano.

La primera variacion que se hizo fué admitiendo ese género que se llama de *atrill*; pero en todas estas composiciones encontraremos el canto llano. El *Te Deum laudamus* es el canto llano, armonizado á cuatro voces: el *Vinite adoremus*, de los maitines de la Epifanía, es lo mismo: el canto llano armonizado: el *Gloria laus tibi*, del domingo de Ramos, lo mismo: el *Benedictus Dominus Deus Israel*, lo mismo; pero ¿para qué citar obras? Baste decir que todo lo que se ha escrito en este género primitivo de música no es mas que el canto llano armonizado; lo que los grandes é inmortales compositores de nuestra época tal vez no sabrian hacer.

Mas tarde se admitió el canto que aun se llama figurado; formáronse capillas de músicas inteligentes, tanto para la composicion de las obras y direccion de las capillas como para su ejecucion. Las primeras obras se cantaban con acompañamiento de órgano y de algun otro instrumento que reforzase los bajos; pero todas estas composiciones tenian que fundarse sobre el canto llano. Yo he oído un *Magnificat anima mea Dominum*, en el que el tiple hacia el canto del primer tono, mientras que el contralto y el bajete, ahora barítono, cantaban una melodía digna de la autora de las palabras. Tambien he oído una misa que se llama *del Sacramento*, en la que, desde los *Kiries* hasta el *Agnus Dei*, no deja jamás de oírse el canto de uno de los tres himnos de los oficios del *Corpus*. La secuencia *Lauda Sion* está compuesta lo mismo, y misa y secuencia á ocho voces y dos coros.

Sería nunca acabar si tuviese que citar las ortodoxas composiciones de los clásicos maestros españoles, quienes jamás aspiraron á que sus nombres se repitiesen con *acompañamiento de bombo*: tampoco nos es fácil el citarlos todos, pues la mayor parte nos son desconocidos. ¿Quién conoce á los maestros Bailon, Cicerana, Ferrer, Gascon, Bernuz, Cabo (dos hermanos), Morata, Claver, Morales, Guerrero, Victoria, Terradillas, Ortella, Raban, Salinas, Ramos, Pons y otros tantos? Pues todos estos, como *armonistas*, valen mucho mas que los *melodistas* rossinianos.

Si no hubiese diferencia alguna entre la música religiosa y la dramática, ¿por qué se ha dejado esta por aquella? ¿Por qué Rossini, Mercadante, Pacini, Verdi (de eterna memoria) no han imitado á los antiguos maestros de capilla?

Y si toda la música fuese admisible, «y toda la *religiosidad* de una misa en música no puede consistir sino en la sustitucion de las palabras del oficio al libretto de la ópera,» bien se podía intercalar en algunas de esas *religiosas* composiciones la música de unas *habaneras* ó de la *Marsellesa*, del *Ay mamá!* ó del *himno de Riego*, con solo la sustitucion de las palabras.

Basta lo dicho para hacer ver que hay *criterium* latin y castellano, y *demarcacion* bien marcada entre dos cosas que no pueden ni deben ser iguales.

Dad á Dios lo que es de Dios, y al mundo lo que Dios permite dar.

Cuando la Iglesia decidió *monétiser* el canto, lo hizo empleando los bienes de que entonces podía disponer, creando tantos beneficios eclesiásticos cuantos eran los individuos que componian una capilla.

En las catedrales habia dos maestros, dos organistas, dos chantres, cuatro psalmistas, y cuando menos dos coros y seis niños para los tiples; en algunas existian hasta tres coros ó cuartetos, como decimos ahora, y algunos instrumentos para sostener el segundo y tercer coro.

No se necesita demostrar que en estos cantos no podría tomar parte el pueblo ignorante en el arte, ni aun cuando solo se cantase el canto llano; pero si se puede afirmar que los fieles sentian elevar su alma, su pensamiento, todo su ser hácia Dios, envuelto con el humo del incienso y los acordes de música divina.

Aquellos cantos aumentaban la grandeza y majestad del culto; y el pueblo oraba, amaba ó temia con mas ardor, segun eran suaves, tranquilas ó amenazadoras las armonías que oia.

¿Quién era el que no se estremecía al oír un oficio de difuntos? ¿Quién el que no lloraba al oír las Lamentaciones de Jeremías y los cánticos de Semana Santa? ¿Quién el que no se extasiaba al oír los cantos del Sacramento? ¿Quién el que no se regocijaba en los maitines de Navidad?

Es que los autores de aquellos cantos se inspiraban en el Sinaí, en el Tabor, en Belén y en el Gólgota, y no en el Pindo, el Helicon y en el Parnaso, como hacen los de nuestros tiempos.

Por eso los efectos son tan diferentes. La música dramática puede arrastrar al hombre á cometer los mayores excesos; el rapto, la seducción, el asesinato, etc.; pero la música sagrada conduce al hombre al sacrificio, al amor del prójimo, á la adoracion ante Dios. La música dramática arrebatada, exalta, enardece las pasiones,

aumenta los ódios, etc.; la música sagrada calma las pasiones, hace olvidar las enemistades y penetra en el corazón del hombre con la mas dulce abnegacion por sus semejantes.

La música dramática necesita el aparato escénico, el movimiento de los artistas, el ruido y confusion de una arrebatadora orquesta, y por fin, el apasionado estilo del cantante. La música sagrada no necesita nada de eso; cuatro voces acompañadas por el órgano llevan el espíritu del hombre á los pies de Dios.

Pero ¿dónde está esa música? Esa música yace arrinconada en los archivos de las catedrales, y... ¿Dios sabe en dónde está la de las colegiatas y conventos!

Desde que han *demonétisé* el canto, es decir, desde que los cantores son dramáticos y no sacerdotes, desde que las capillas de eclesiásticos han sido reemplazadas por artistas de la Opera, el canto sagrado ha desaparecido, y las misas que hoy se componen se dividen en actos y escenas como una ópera, puesto que, segun se dice, «toda la religiosidad de una misa no puede consistir sino en la sustitucion de las palabras del oficio al libretto de una ópera.»

«Que el pueblo no canta.» Esto se concibe; el pueblo no puede cantar lo que no entiende, puesto que en la Iglesia todo se canta en latin, que el pueblo no sabe ni aun leer. Lo mas triste es que en la gran mayoría de las iglesias no canten ni el pueblo ni los eclesiásticos, porque ya no hay cantores ni aun organistas en donde los habia, y la instruccion del pueblo no es la mas propia para reemplazar á aquellos.

Sin embargo, en España, y aun en todo el orbe católico, se podría remediar esta falta, y aun mas, dar cantores á las iglesias que jamás los han tenido.

Sabemos que en el ministerio de Fomento se presentó un proyecto para que los que se dedican á la penosa y mal recompensada tarea de instruir á la niñez, aprendan la música y á tocar el órgano. Si este proyecto se realizase, entonces hasta en las aldeas se haria lo que tanto encarga David en sus *Psalms*, y se practicaria el *Laudate eum in sono tubæ; laudate eum in psalterio et cithara. Laudate eum in cimbali bene sonantibus*, etc.

Siendo los maestros de instruccion primaria músicos y organistas, cada uno en su respectivo pueblo podría enseñar á niños y grandes á cantar los Oficios divinos *in chordis et organo*, pues la baratura de los órganos permite que hasta en los pueblos mas pequeños puedan procurarse uno por tres ó cuatro mil reales, seguros de que si en él hay maestro de instruccion primaria, tambien habrá organista que lo toque, y este, que actualmente está tan mezquinamente recompensado, podría tener un aumento de alguna consideracion en su haber.

No sabemos si la direccion general de Instruccion pública tomará en consideracion tan filantrópico proyecto: deseamos que así sea.

Ya que de órganos hablamos, permítasenos una pregunta: ¿quién inventó ese rey de los instrumentos? Yo recuerdo haber leído, no sé si en la historia de Francia ó en el origen de los instrumentos de Kalkbreuner, que se inventó en la India, y que cierto califa le mandó uno á Carlomagno. Un autor francés dice que en 757 de nuestra era se tocó el órgano por primera vez en una iglesia de Compiègne. Si esto es así, ¿cómo David dice *Laudate eum in chordis et organo*?

David en sus *Psalms* nombra los instrumentos que se conocian en su tiempo, y decir el *in chordis et organo*, prueba que el órgano era ya conocido.

Y si el órgano se conocia, tambien debia conocerse la armonía; y si hemos de creer á los judíos, la armonía es aun mas antigua que el pueblo hebreo. La que yo he oído en sus templos, es la que compuso Moisés, y Moisés la aprendió de los egipcios. Nabucodonosor se hizo adorar al son de varios instrumentos músicos; verdad es que la mayor parte de ellos eran de percusion y ruidosos por demás, pero tambien se nombran de aire y de cuerda. Todo esto nos induce á creer que el sonido armonizado cuenta una antigüedad respetable.

Puesto que hemos hablado de extinguidas capillas, ¿no podría el Excmo. señor ministro de Fomento mandar recoger todas las obras de las mismas, tanto parroquiales como monacales? En ellas hay tesoros de armonía desconocidos de la mayor parte de los artistas. Con estas obras se podría formar una biblioteca, que los jóvenes podrían consultar con mucho provecho.

MANUEL CLIMENT.

La vida campestre en Inglaterra.

(Traducida del inglés.)

El extranjero que desee formar un verdadero concepto del carácter inglés, no debe limitar sus observaciones á la metrópoli. Debe dirigirse al campo, vivir en las aldeas y lugares; debe visitar castillos, ciudades, cortijos, cabañas, parques y jardines, caminos y verdes llanos; debe recorrer las iglesias campestres, asistir á fiestas y ferias, y tratarse con la gente de todas condiciones, de todas costumbres y de diverso genio.

En algunas comarcas las grandes ciudades absorben las riquezas y las costumbres de la nacion; son la única residencia de la sociedad elegante é inteligente, y el campo se halla casi completamente habitado por groseros campesinos. En Inglaterra, por el contrario, la metrópoli es una mera residencia ó lugar de cita de las cla-

ses elevadas, donde se entregan una pequeña parte del año á tumultuosa alegría y disipación. El comerciante tiene su cómoda vivienda en la vecindad de la metrópoli, donde frecuentemente se ocupa con tanta satisfacción y celo en el cultivo de su jardín de flores y la maduración de sus frutos, como en el despacho de sus negocios y la ejecución de una empresa comercial. Aun los individuos menos afortunados, que se hallan obligados á pasar su vida en el tumulto y el tráfico, consiguen tener algo que pueda recordarles el agradable aspecto de la naturaleza.

En los barrios mas oscuros y lóbregos de la ciudad se hallan frecuentemente las ventanas de las habitaciones mas cubiertas de flores; todo terreno propio para la vegetación tiene su verdura y florido lecho, y cada plaza su parque, dispuesto de la manera mas pintoresca y brillando con su fresca verdura.

Los que ven al inglés únicamente en la ciudad pueden formarse una opinión desfavorable de su carácter social. Se encuentra, ya absorbido en sus negocios, ya distraído en las muchísimas ocupaciones que le roban el tiempo. Por esta razón aparece como tumultuoso y distraído, y en cualquier lugar donde llega á serlo, lo es bajo un punto de vista muy variado: en el instante en que habla de un objeto, su mente ya se ocupa de otro, y mientras paga una visita á un amigo, calcula cómo gastará el tiempo para poder devolver otras visitas que piensa hacer en el mismo día.

En el campo es donde el inglés da expansión á sus sentimientos naturales. Se desprende alegremente de las frias é inútiles costumbres de la ciudad; deja sus hábitos de prudente reserva, y llega á ser alegre y generoso. Evita el rodearse de las conveniencias y elegancias de la vida de la corte, y destierra su reserva. En su residencia campestre satisface todas las exigencias con el gabinete de estudio, con ocupaciones de su gusto ó ejercicios campestres. Libros, pinturas, música, perros é instrumentos de caza de toda especie, todo le sirve de distracción, y todo se encuentra cerca de él.

Las faenas del campo son especial ocupación de muchos ingleses.

Todas las diferencias entre las personas de las diversas clases de la sociedad desaparecen en la vida campestre de Inglaterra.

El inglés ha estudiado atentamente la naturaleza, y revela un perfecto conocimiento de sus bellas formas y armoniosas combinaciones.

Nada mas imponente que el magnífico espectáculo de un parque inglés. Vastos prados que se extienden, sembrando alfombras de brillante césped, con grupos de árboles aquí y allí, entre los que se elevan ricas capas de follaje.

La solemne pompa de las florestas y bosques; los corzos que los cruzan reunidos en silenciosos rebaños; la liebre que corre á guarecerse ó el faisán que súbitamente rompe el velo; el arroyuelo que presenta al viento sus naturales tortuosidades ó se despliega en un cristalino lago; la escondida balsa que refleja los frondosos árboles con la hoja amarilla que reposa en su seno; la trucha que vaga temerosa en sus limpidas aguas, y algun templo rústico ó estatua silvana negra y humedecida por el tiempo, todo ello da al paisaje un aspecto de clásica tranquilidad.

Este no es mas que un imperfecto bosquejo del aspecto del parque; pero lo que mas me admira es el talento creador con que los ingleses decoran sus casas. La habitación mas imperfecta, el terreno mas improductivo é insignificante, en sus manos se convierte en reducido paraíso.

Pueden muy bien atribuirse á la mezcla de la sociedad elegante con la rústica los sentimientos campesinos que tanto abundan por lo general, en la literatura británica, el uso comun de narraciones sobre la vida campestre, y aquellas incomparables descripciones de la naturaleza que tanto usan los poetas ingleses, y que traen á nuestros gabinetes toda la frescura y fragancia del húmedo paisaje. Los escritores pastorales de otras comarcas parece que han hecho á la naturaleza una visita casual para informarse de sus bellezas generales; pero los escritores británicos han vivido y gozado en ella, la han seguido en sus mas insignificantes variaciones, y la han observado hasta en sus mas minuciosos caprichos.

Que una rama se agite al impulso de la brisa; una diamantina gota vibre en el torrente; la humilde violeta exhale su suave fragancia ó la margarita despliegue sus bellas tintas á la mañana, todo queda descrito por estos apasionados y delicados observadores, y unido oportunamente á alguna agradable lección moral.

El haberse dedicado la clase instruida á los trabajos agrícolas ha ejercido un sorprendente influjo en el aspecto de la campiña.

Gran parte de la isla es algo llana, y habría parecido monótona sin los encantos de la cultura; pero ha sido estudiada y poblada en cierta manera, con castillos y palacios, y adornada con parques y jardines. No abunda en grandes y sorprendentes perspectivas, sino mas bien sencillas escenas de apacible reposo y envidiable calma. Cada vetusto cortijo, cada tapizada cabaña es un adorno, y los caminos, que caprichosamente serpentean, las florestas y setos, presentan una serie de bonitos y reducidos paisajes que cautivan la vista.

Lo mas agradable de la campiña inglesa es la moralidad de sentimientos que inspira. En la imaginación se representa asociada á ideas de orden, sóbrios y bien fundados principios y venerables costumbres. Todo parece deber su desarrollo á una época de moderada y pacífica existencia. La antigua iglesia de remota arqui-

itectura, con su bajo y macizo portal, su torre gótica, sus hermosas ventanas con ornados y pintados cristales escrupulosamente conservados, sus magníficos monumentos de guerreros y dignidades de los tiempos pasados, antecesores de los *lords*, actuales señores del país; sus tumbas, que recuerdan las diversas generaciones de aguerridos señores, cuya posteridad aun cultiva los mismos campos y se arrodilla ante el mismo altar; el presbiterio, extraño é irregular edificio, en parte antiguo y en parte reparado y alterado, segun el gusto de las diversas edades; el vallado y escalera que conducen al cementerio, á través de las agradables campiñas, segun costumbre inmemorial; la vecina aldea con sus venerables cabañas y su verde suelo cubierto por los frondosos árboles, á cuya sombra tanto han gozado los antecesores de la presente generación; el antiguo castillo de la familia, que parece mirar con aire protector la escena que le rodea; en todos estos rasgos de la campiña inglesa se observa una trasmisión hereditaria de virtudes naturales é inclinaciones locales, que dan á conocer clara y profundamente los sentimientos morales de la nación.

Es un agradable espectáculo ver, en la mañana de un domingo, cuando la campana deja oír su grave melodía á través de los campos, los aldeanos con sus mejores galas dirigirse por las verdes llanuras á la iglesia; pero aun es mas agradable verlos por las tardes reunidos en las puertas de sus cabañas, recrearse, al parecer, con las sencillas bellezas que sus propias manos han esparcido en torno suyo.

(Los Sucesos.)

El Diamante.

El diamante es reputado como el cuerpo mas duro de la naturaleza, y por esto se le dió el nombre de «adamas», que en griego significa indomable. Fué conocido en remotos tiempos, aunque no he podido encontrar datos para fijar la época en que se descubrió. Es trasparente, cristalino, generalmente incoloro, aunque algunas veces se presenta amarillo, verde, azul, rosado, pardo ó rojizo, y no tiene olor ni sabor. Cuando se frota, aunque no esté tallado, adquiere la electricidad positiva, circunstancia que no ofrecen las demás piedras preciosas.

Su dureza es tal, que raya todos los cuerpos sin serlo por ninguno de ellos, y solo puede trabajarse ó rebajarse con su mismo polvo. Su gravedad específica, segun los experimentos hechos por el doctor Playfair y otros, en diferentes clases de diamantes de varias procedencia, es de 3,641. A pesar de su dureza puede dividirse en láminas delgadas, cuando se opera en dirección á las hojas naturales de la piedra.

El origen ó formación del diamante ha sido objeto de serias controversias entre los hombres científicos, y los antiguos estaban en la persuasión de que era incombustible. A los adelantos modernos de la química estaba reservado el probar que la naturaleza del diamante es perfectamente idéntica á la del carbon vegetal que usamos ordinariamente, y parecería inconcebible que la misma sustancia pudiese presentarse bajo dos formas tan esencialmente distintas, si la experiencia no viniese á comprobar la unidad de constitución que existe entre ellas, y hé aquí la prueba: El diamante quemado al aire libre arde como el carbon y despidió gas ácido carbónico.

Sométanse por separado á una alta temperatura 100 partes de diamante y 100 partes de carbon negro purificado. En los dos casos la disolución de los dos combustibles (el diamante y el carbon) absorbe 266 partes 6 de oxígeno puro, resultando un volumen exactamente igual al del ácido carbónico, cuyos pesos respectivos representan los del oxígeno y del diamante ó los del oxígeno y del carbon, es decir, 366 p. 6; siendo evidente que solo pueden dar un resultado tal dos cuerpos absolutamente idénticos.

De aquí, pues, se infiere que el diamante es carbono cristalizado, y ya en 1847, M. Jacquelin sometiéndolo á una corriente eléctrica, vió que el diamante se ablandaba, hinchaba, perdía su transparencia, se volvía negro, quebradizo, y se convertía finalmente en carbon análogo al coque.

Los diamantes se hallan en terrenos de aluvion y frecuentemente cubiertos de una capa terrosa que impide reconocerlos hasta despues de lavados. Los países productores están distantes unos de otros y son, la India é isla de Borneo, el Brasil y la Siberia, aunque en este último punto no son muy abundantes.

En el día, puede decirse que la Europa los importa casi exclusivamente del Brasil. Los antiguos no conocían el modo de tallarlos, y por lo tanto los usaban en bruto, y por esto eran muy estimados los de forma piramidal.

Los primeros que tallaron los diamantes fueron los chinos y los indostanes, sirviéndose de los polvos de corindo ó alumina pura. Los franceses pretenden que en 1407 habia en París un tallador de diamantes muy hábil que se llamaba Hermann, pero generalmente se cree que el primero que en Europa descubrió el sistema de tallarlos con el polvo de los mismos, fué en 1476, un jóven de la nobleza de Brujas llamado Luis de Berquen.

El primer diamante tallado por este fué el que Carlos el Temerario, último de los duques de Borgoña, per-

dió con todas sus demás alhajas en la batalla de Morat, y que habiendo sido vendido despues á Enrique VIII, este lo dió como regalo de boda á su hija María, cuando casó con Felipe II de España, quien, como es sabido, fué el que hizo construir el Escorial, en conmemoración de la batalla que las tropas españolas ganaron á las francesas en San Quintín en 1557.

Hace largo tiempo que la industria de tallar los diamantes está principalmente concentrada en Amsterdam, la ciudad mas considerable de los Países Bajos, fundada en el siglo XIII, construida sobre pilotes y atravesada por canales que la dividen en noventa islas que se comunican por medio de trescientos puentes, y que en 1578 dejó de pertenecer á la España.

La compañía general de diamantistas tiene diferentes máquinas de vapor con una fuerza de 95 á 100 caballos que mueven 438 muelas y ocupan 930 operarios. Hay además en dicha ciudad muchos establecimientos importantes particulares en los cuales, como en los de la compañía, el público mediante un precio fijo por día ó por hora puede hacer uso de las muelas.

Para conocer si un diamante es verdadero, basta probarlo con una lima fina, y si esta lo rae puede decirse con seguridad que no lo es. También puede conocerse sin emplear la lima, con tal que se examinen con cuidado, porque los rayos de luz pasan á través de las demás piedras, al paso que el diamante los refringe á la superficie, lo cual ocasiona su superior brillantez. Si la piedra fuese diminuta, puede colocarse entre dos monedas ó planchas de metal y comprimiéndolas fuertemente, aunque no sea mas que con los dedos: si la piedra es diamante resistirá la prueba, y si no lo fuere, se romperá en pequeños fragmentos.

El diamante además de ser cristalino debe parecerse á una gota de agua en medio de la cual se perciba una fuerte luz; si la capa exterior es lisa y brillante con un tinte verdoso, no es lo peor y raras veces sale malo; pero si presentase una mezcla de verde y amarillo, suele salir de muy mala clase.

Los diamantes se tallan únicamente hoy en *brillantes* y *diamantes rosas*; los primeros se obtienen en su mayoría de piedras octaedras y los segundos de las variedades esferoidales.

El tallado en *brillante* presenta en la parte superior una tabla rodeada de facetas triangulares y romboideas; y en la inferior termina en pirámide con facetas tambien, pero truncadas por otra pequeña tabla. La manera con que están dispuestas las facetas influye mucho en el brillo de la piedra. El brillante se monta al aire.

El tallado en *rosa* presenta á la parte superior una pirámide de facetas triangulares, y á la inferior una base plana que corresponde á la parte de la montura que nunca se hace al aire, pero sí sobre una hoja metálica blanca pulida.

Hay diamantes que se resisten á la talla (especialmente los negros) y estos en virtud de su fragilidad ó de la posibilidad de dividirlos en láminas, sirven para preparar el polvo para tallar y pulir las piedras. Este polvo vale unos 4,000 duros la libra, y á este objeto se destinan tambien los diamantes que tienen manchas y los de colores.

El precio de los diamantes varia segun su limpieza, tamaño, clase de tallado que puede dárseles, y no hay regla fija para establecer el valor de los finos y de tamaños extraordinarios.

Los diamantes en bruto escogidos como finos y de buena forma para ser tallados, no pasando su peso de 20 karats se avalúan generalmente en Europa bajo la regla siguiente que he adaptado á la moneda de nuestro país: Cuádrese el peso de la piedra en *karats*, multiplíquese el resultado por 9 1/2 y el producto será el valor del diamante en duros.

Para los *brillantes* el resultado del cuadrado del peso de la piedra en karats, multiplicado por 39, dará su valor tambien en duros.

Por ejemplo, un diamante en bruto, de peso 2 karats, valdrá:

$$2 \times 2 = 4 \times 9 \frac{1}{2} = 38 \text{ duros.}$$

Un brillante del mismo peso valdrá:

$$2 \times 2 = 4 \times 39 = 156 \text{ duros.}$$

Las minas de la India fueron muy célebres y en las de Goleonda se ocupaban, hace tres siglos, unos 30,000 operarios. Estas minas proporcionaban diamantes suficientes para el consumo de todo el mundo.

Las de Borneo, aunque no muy bien explotadas, producen unos 2,000 karats de diamantes anuales. La explotación de diamantes en la India es libre y está sujeta solamente á un derecho que cobra el jefe del distrito.

Las del Brasil, descubiertas á principios del siglo XVII, en la provincia de «Minas Geraes» en Serro do Frio y en 1839 en Serra da Gramagoa, producen unos 25 á 30,000 karats de diamantes, que despues de tallados quedan reducidos á unos 9,000 karats de brillantes, pero no tienen la blancura perfecta de los de la India. En el Brasil la explotación se hace por cuenta del gobierno.

Las minas de la Siberia en los montes Urales se descubrieron en 1824, pero parece que su explotación no es muy productiva.

La extracción de los diamantes se hace por medio del lavado de las arenas, vigilado por los correspondientes inspectores. En el Brasil, al momento en que el negro encuentra un diamante, bate las palmas, lo entrega al inspector, y este lo pesa y anota en el registro. El es-

clavo que halla un diamante de peso de 17 karats, recibe, acto continuo, la libertad.

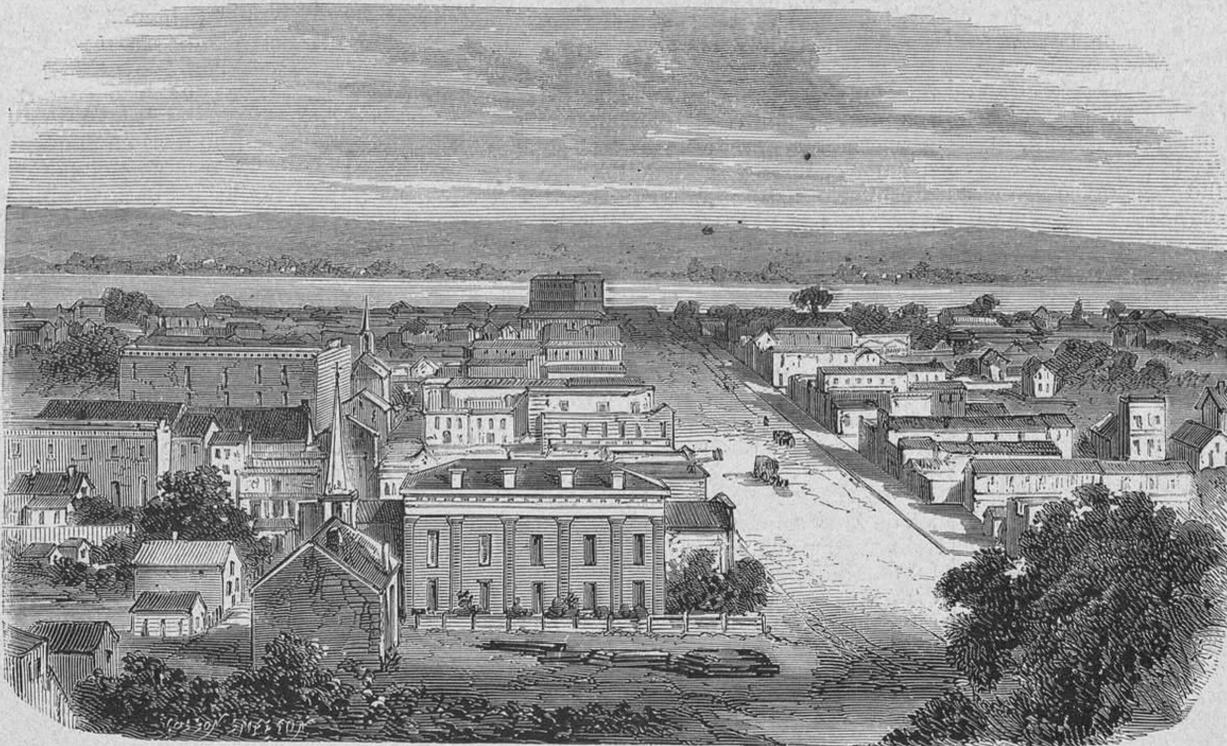
Entre los diamantes que por sus cualidades han adquirido una gran celebridad, pueden citarse los siguientes:

El del emperador de Rusia pesa 193 karats y la emperatriz Catalina pagó por él 475,000 duros al contado y una renta vitalicia de 19,000 duros anuales. Es un hermoso diamante, pero de mala forma y se considera que vale 20 millones de duros.

El del emperador de Austria pesa 139 1/2 karats y está valorado en 495,585 duros.

El del Rajah, de Mattan, en Borneo, pesa 300 karats y no se ha valorado.

El que compró M. Halpen, joyero de Paris, llamado *Estrella del Sur*



Vista general de la ciudad de Omaha.

y fué encontrado por una negra en 1853, en la mina Bogagem del Brasil, pesaba en bruto 254 1/2 karats, y después de tres meses de trabajo empleados para tallarlo quedó reducido á 125 karats. Se considera su valor en mas de un millon de duros.

El del rey de Portugal encontrado tambien en el Brasil, está sin tallar y pesa 95 karats. Su forma es octaedral y no sé que se haya valorado.

El del emperador del Brasil, que es el mas grande que se conoce, pesa 1,680 karats. Hace algunos años que permanecia sin tallar, y se considera que no tiene precio en vista de su desmedido tamaño.

El Koh-i-Noor (montaña de luz) cogido por los ingleses, cuando ocuparon Lahore, pe-

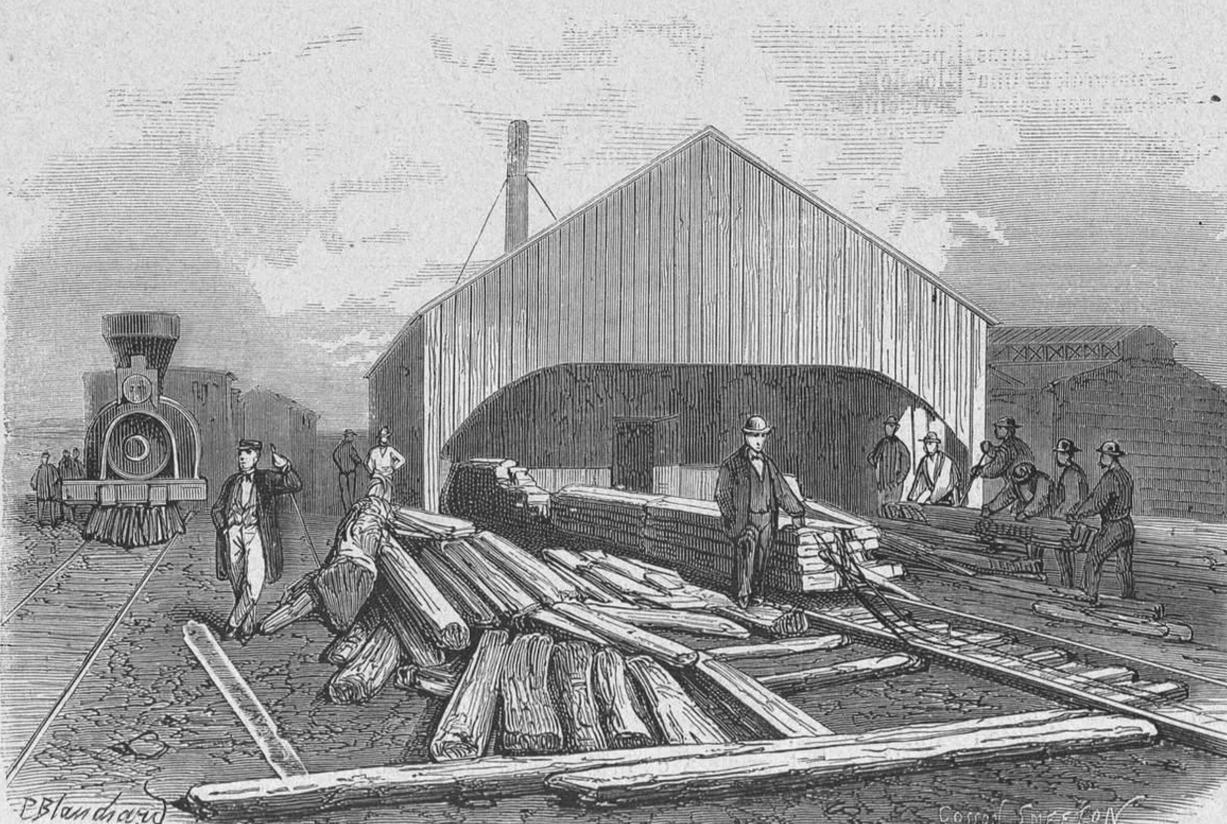


Estacion de Omaha.

saba en bruto 186 1/2 karats y actualmente, después de tallado 102 1/2. Fué cedido á la Compañía de las Indias por un millon y cien mil duros.

El que Deving y Benjamin recibieron del Rio y presentaron á la reina de Inglaterra pesa 254 1/2 karats.

Perdida la esperanza de hallar la piedra filosofal, los científicos en vez de devanarse los sesos en convertir en oro los metales bajos, se han dedicado á buscar el modo de convertir el carbono en diamante. Entre los muchos experimentos hechos, citaré los de Wholer y Deville referentes á las sustancias conocidas bajo los nombres de *Boron* y *Silicon*. En el dia está probado que estas dos sustancias existen en los tres muy diferentes estados, análogos á los tres del carbono, á saber: carbon, grafito y



Ferro-carril del Pacifico. — Preparacion de las traviesas.

diamante. El *Boron* cristalizado posee una dureza, brillantez y poder refringible comparables á los del diamante, arde en la chlorina sin residuo, y con las circunstancias parecidas á las del diamante en el oxígeno, los ácidos no lo alteran y parece el cuerpo simple menos susceptible de alterarse. Los cristales obtenidos del *Boron* rayan el *Corindon* que es la sustancia mas dura conocida después del diamante. El polvo de estos cristales se usa ya, según dicen, para tallar los diamantes, y se asegura que algunos cristales ya obtenidos pueden rivalizar y presentarse como verdaderos diamantes.

M. Gannal hizo tambien otro experimento satisfactorio, que consistió en la accion del fósforo, agua y busulfido de carbono superpuestos unos á otros

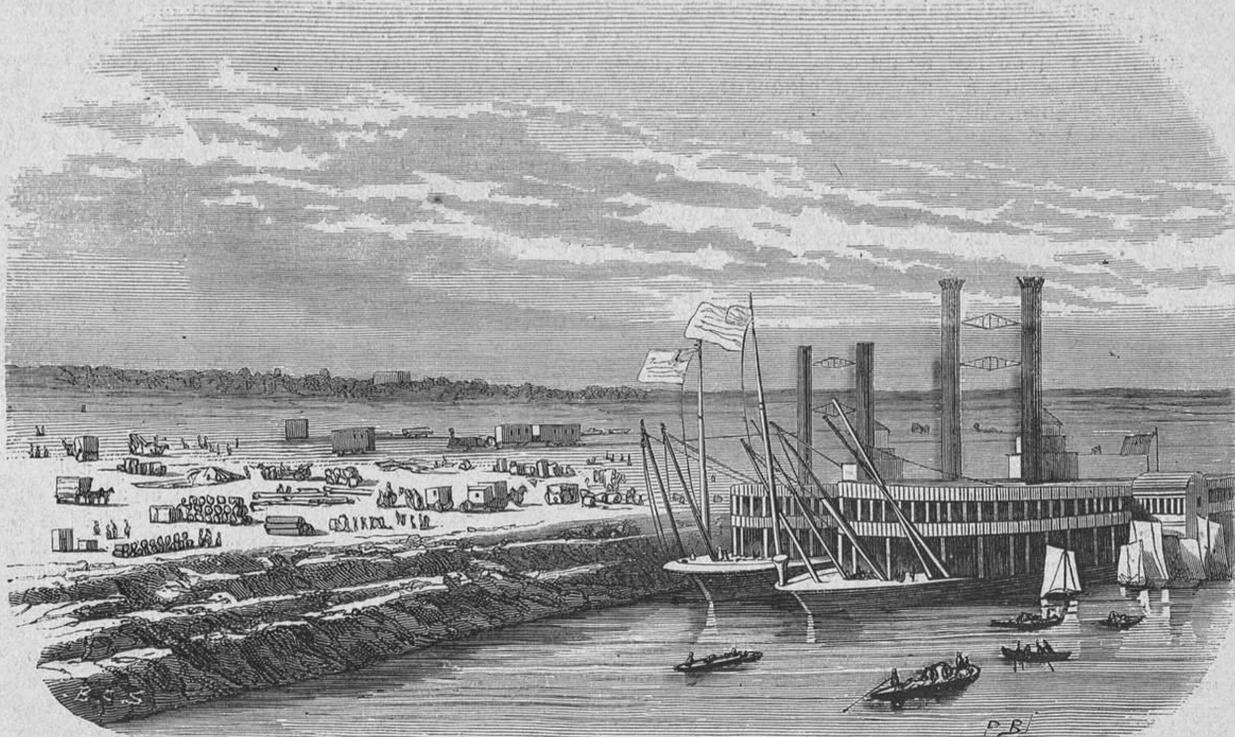
por algunos meses. El resultado fué obtener 20 cristales con todas las propiedades del diamante. Fueron tan duros que ningun metal tuvo accion sobre ellos, rayaron el acero, fueron del todo transparentes, extraordinariamente brillantes, y algunos de ellos se cristalizaron en dodecaedros que es la forma característica del diamante.

Esperemos pues que la ciencia logrará obtener artificialmente los diamantes, y que esto contribuirá á que decline el precio que hasta ahora han conservado estas piedras, que se emplean hoy hasta para cortar las rocas.

Una aclaracion y termino: El karat equivale á cuatro granos; deriva su nombre del de un árbol llamado *Kuará*, que significa *sol*, y que

produce unas flores y frutas de color de fuego. Las frutas son unas habas que tienen siempre próximamente un mismo peso, con cuyo motivo, los naturales del pais productor las emplearon para pesar el oro que era su principal comercio. Con este mismo objeto se introdujeron las habas en la India y desde los primeros tiempos se emplearon para pesar los diamantes. El pais productor fué la Abisinia.

J. GIL Y M.

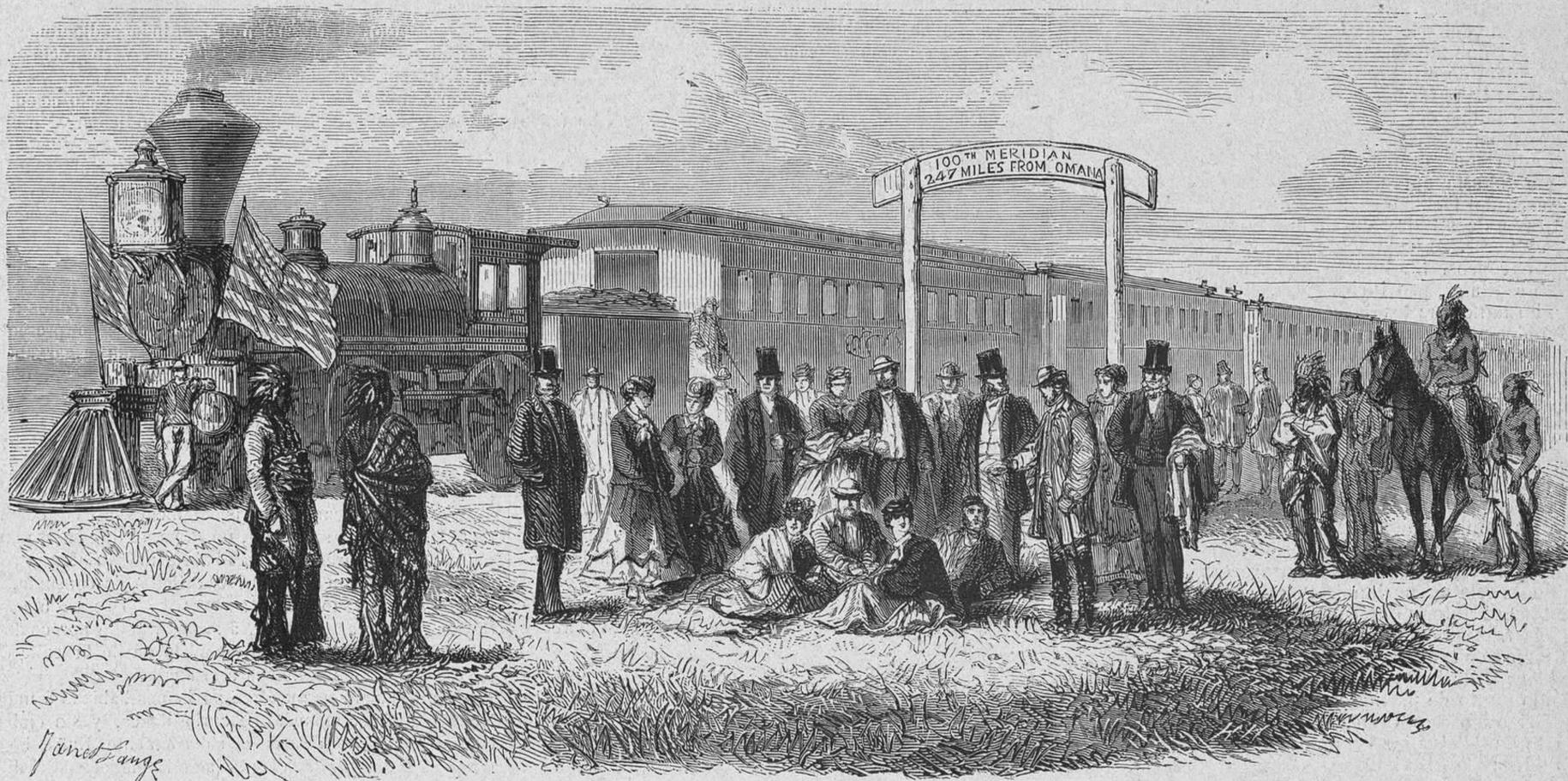


Desembarcadero de los vapores en Omaha.

El ferro-carril

DEL PACÍFICO.

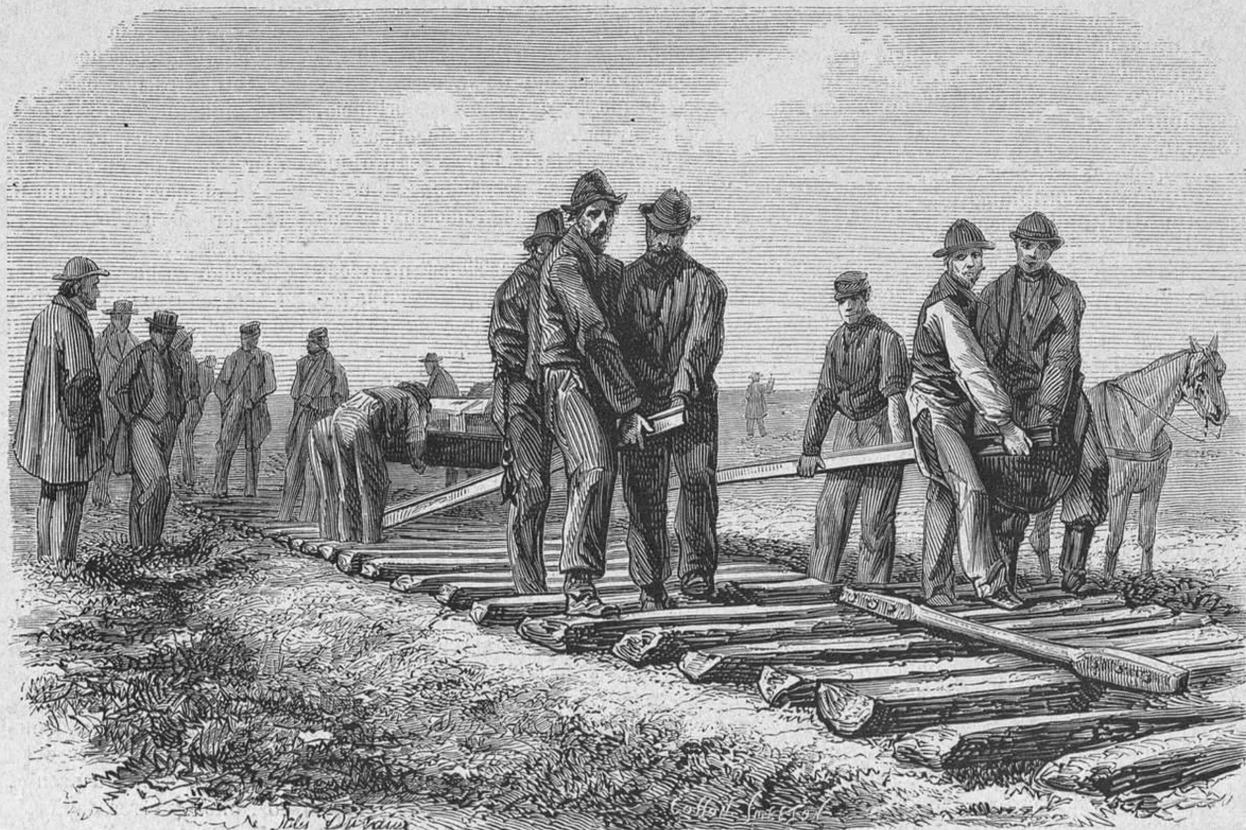
¡ El ferro-carril del Pacífico! Hé ahí la gran obra que absorbe ac-



Una estacion en la pradera: El centésimo meridiano.

tualmente toda la atencion de la América del Norte. Sobre este punto no hay divergencias de opinion, ni division entre los Estados, ni incertidumbre en los ánimos. De un extremo á otro de la Union un mismo pensamiento, un mismo ardor excita á las poblaciones, y jamás los americanos han podido decir con una conviccion mas profunda: *Go ahead!*

Abrir un ferro-carril que una el Atlántico con el Pacífico, tal es la empresa nacional, grandiosa, civilizadora, que se lleva á cabo con portentosa actividad, y nos cabe la satisfaccion de poder ofrecer á los lectores del *Correo de Ultramar* todos los hechos importantes relativos á este trabajo gigantesco, pues el ferro-carril del Pacífico es una de esas conquistas que no interesan á solo un pueblo. No hay duda que



Ferro-carril del Pacífico. — Colocacion de los rails.

por razones de mucho peso desean los Estados Unidos ponerse en comunicacion directa con el grande Estado de California, adonde no podia irse sino por el Cabo de Hornos ó por el istmo de Darien; pero independientemente de este interés nacional y patriótico para los Estados de la Union, el ferro-carril del Pacífico está llamado á desempeñar un papel predominante en las relaciones de los pueblos todos. Por la influencia que debe ejercer en las relaciones entre el antiguo y el nuevo mundo, por la inmensidad de las regiones que va á poner en contacto con la república americana, por las vias rápidas que incessantemente abrirá al través del Pacífico, hácia la Polinesia, el Japon, la China y la India, puede decirse que este trazado de toda la América del Norte, se

une al progreso general del mundo y que será uno de los mas poderosos motores de nuestra civilización moderna. Diríase que es como el postrer corolario de la ley providencial que lleva siempre hacia Occidente á los pueblos civilizados. Del Oriente al Mediterráneo, del Mediterráneo al Occidente, del Occidente á América y de la América al Pacífico, para volver á la cuna de las Indias, tal ha sido la marcha de la humanidad, y los Estados Unidos al establecer un ferrocarril al través de todo un continente no hacen mas que abrir á esta marcha su última vía.

Bajo todos conceptos es esta, pues, una obra digna de fijar la atención de la Europa como de América, tanto como la del canal de Suez. Todo es nuevo, todo es interesante en ese camino de hierro que se ejecuta fuera de las condiciones comunes de todas las demás líneas del mundo. Inmensidad de la vía ¡1,800 millas! Enormidad del capital que se necesita ¡750 millones de francos! Actividad desplegada en las obras, nuevos procedimientos de ejecución, selvas vírgenes, países desconocidos, regiones inhabitadas, territorios ocupados por tribus salvajes, obras de arte, todo en esta vasta operación ofrece el sello de esas creaciones osadas que hacen honor al genio del hombre. La Europa puede apreciar la grandeza de la obra mediante un solo término de comparación: de Omaha, en el Estado de Nebraska, punto extremo de la civilización americana, á Sacramento, en la California, hay según hemos dicho 1,800 millas, lo que viene á ser la distancia que media entre Lisboa y San Petersburgo.

Y ese trabajo inmenso se ejecuta al través de países inhabitados. Es verdad, que entre Omaha y la California hay algunos puntos intermedios. Por ejemplo, hay la ciudad de Denver, situada en el territorio de Colorado, al Sur del río Platte, territorio ocupado por unos 50,000 habitantes atraídos por las ricas minas de oro y de plata de estas regiones. Despues se encuentra también Salt-Lake-City, capital del territorio Utah, y Carson-City, capital del territorio de Nevada, al Este de Sierra Nevada.

Pero estos son puntos imperceptibles en el campo vastísimo de esta operación, y puede decirse que el ferrocarril del Pacífico se abre en casi todo su trayecto al través de un desierto habitado únicamente por salvajes y fieras. Es justamente lo contrario de los ferrocarriles europeos. En Europa el ferrocarril pone en contacto capitales, provincias ricas, numerosas poblaciones, en tanto que los dos rails de la vía del Pacífico, se extienden por el contrario en medio de profundas soledades; y sin embargo, veamos lo que va á producir. A las estaciones del camino al punto se agregarán casas, establecimientos agrícolas é industriales, aldeas, ciudades, abundantes mercados, y el ferrocarril hará surgir así como por encanto en un país salvaje, el trabajo, la riqueza y la civilización. Este ferrocarril hace puesto al hormiguero de hombres que amparará la república; él prepara la tierra prometida á los cien millones de habitantes que los hombres de Estado franceses prometen á los Estados Unidos para fines de este siglo.

Ya hace tiempo que la Union proyectaba el establecimiento de esta vía nacional. Por una ley de 1^o de julio de 1862 se autorizó la construcción de una gran línea *Gran trunk*, extendiéndose hacia el Oeste hasta encontrarse con el ferrocarril central de Pacífico, *Central Pacific Railway*, que ha tomado á Sacramento City como punto de partida y que la compañía californiana dirige hacia el Oeste. El *Central Pacific Railway* que parte de California, encuentra obstáculos bastante importantes; pero los ingenieros han puesto manos á la obra con mucha energía y han logrado atravesar la cumbre de Sierra Nevada que dista 90 millas de Sacramento City. Hay pues, como vemos, dos ferrocarriles en construcción, entrambos creados con el mismo fin, que marchan el uno hacia el otro por la misma línea y la combinación de estos dos esfuerzos al doblar los resultados obtenidos cada día, apresurará aquel en que la América celebrará la conclusión de esta obra única.

En cuanto al ferrocarril del Pacífico, la actividad que se despliega en él es verdaderamente extraordinaria y lo que se ha hecho ya debe colmar de alegría á los amigos del progreso. La ley exigía que las primeras cien millas al Oeste de Missouri estuviesen completas el 27 de junio de 1866, y el trozo que se extiende hasta el 100^o meridiano, esto es, á 147 millas mas lejos, debía concluirse en diciembre de 1866. Ahora bien, las primeras 100 millas estaban acabadas el 2 de junio de 1866 y las 147 el 5 de octubre.

Para festejar tan feliz acontecimiento, pidieron á la comisión nombrada por el gobierno que inspeccionara el camino, acompañada por el presidente de la Compañía, el general John Dix, mas este general que fué nombrado ministro de los Estados Unidos en Francia, tuvo que renunciar al placer de esta excursión, y le reemplazó en el encargo, M. Thomas C. Durant, vicepresidente de la Compañía. La comisión se puso en camino para hacer este primer viaje de inauguración, estando compuesta de los directores, de los ingenieros de la Compañía, de algunos miembros del Congreso, literatos, periodistas, artistas y un crecido número de personas de distinción.

Este primer viaje fué un acontecimiento.

El 23 de octubre partieron de Omaha y despues de haberse detenido en varios sitios para inspeccionar los puentes construidos sobre los ríos Papillon y Eikhorn y las estaciones de Fremont y North-Bend pernoctaron en Columbus. Aquí los agentes de la Compañía habian organizado un campamento iluminado por grandes hogueras, y los viajeros pudieron descansar en las tiendas

donde habia camas de pieles de búfalo. La Compañía dió á sus convidados en esta excursión, el espectáculo de un combate de guerreros salvajes. Preciso es convenir en que inauguraciones de esta clase solo se hacen en América.

En este primer artículo no hemos querido mas que señalar la importancia capital de esta obra inmensa; en los siguientes daremos su descripción detallada y completa, presentando las explicaciones oportunas sobre los interesantes grabados que acompañarán á nuestro texto.

CORONEL HEINE.

Revista de Paris.

Estamos en cuaresma, y á las noticias de bailes y banquetes han sucedido, en las crónicas parisienses, los anuncios de predicaciones y de conciertos de música religiosa. Las conferencias del padre Félix, en Nuestra Señora de Paris, han comenzado el último domingo, y se continuarán hasta semana santa con gran afluencia de gente, y al propio tiempo, en las demás iglesias de la capital, como en las del imperio todo, en las ciudades lo mismo que en las aldeas, se oirá la palabra evangélica apropiada á las aptitudes y necesidades de cada uno de estos auditorios tan diversos. Pero esta obligación de prosternarse al pie del púlpito, sobre todo cuando se eleva en él la voz de un predicador de gran renombre como el padre Jacinto ó el padre Félix, dignos sucesores del elocuentísimo Lacordaire, no impide que por la noche los placeres mundanos dejen de atraer, como de costumbre, una numerosa concurrencia. Lo único que hay, ya lo hemos dicho, es que los grandes bailes se interrumpen al menos por un par de semanas, y en su lugar hay reuniones íntimas en las que hace el gasto la música. La corte da el ejemplo. Los diarios de estos días traen el programa de los cuatro conciertos que habrá en palacio, para los cuales han recibido ya las correspondientes invitaciones los artistas que á continuación se expresan.

El lunes 2 de marzo es el primero, y en él tomarán parte las señoras Nilsson, María Cabel y María Roze, con los señores Capoul y Crosti. La novísima partitura del maestro Auber, cuyo gran éxito va tomando proporciones extraordinarias, figura naturalmente en el programa de este primer concierto, que corre á cargo de los principales artistas de la Opera Cómica.

El segundo tendrá lugar el lunes 9 de marzo, con el mismo tenor Capoul y la señora Carvalho, quienes cantarán esta vez un duo de *Romeo y Julieta*.

El martes 17 está consagrado á los artistas de la Grande Opera, y se ha elegido el martes para no cambiar las funciones de este teatro, que se efectúan el lunes, miércoles y viernes de cada semana. Los artistas designados son: señoras Sass, Gueymard y Bloch, y señores Faure, Villaret y Obin.

El último concierto, el del lunes 23, se destina á los cantantes italianos, y no hay para qué decir que la Patti figura á la cabeza del programa.

Ahora bien, cuando en Tullerías se dan conciertos, ya se puede apostar á que no estarán cerrados los pianos de las casas particulares. Efectivamente, en esta época del año, el piano trabaja que es un portento. Al lado de los carteles de teatros hay una serie no menos abundante de anuncios correspondientes á los pianistas de fama de todo el mundo, que por esta temporada caen á porfía sobre Paris, como si se tratara de explotar la California ó la Australia. No hay quien se libre de sus ataques. El billete del pianista se introduce en las habitaciones por el ojo de la cerradura, y siempre hace una presa de mayor ó menor importancia. Este método de ir á buscar al cliente con recomendaciones y compromisos de todo género, es mucho mas seguro que el de esperarle lisa y llanamente en el despacho. Es una de las grandes plagas de Paris, y no hay mas remedio que sobrellevarla con paciencia.

A propósito de ataques, la crónica parisiense no puede menos de hacerse cargo de las alarmas difundidas en la población por los que tienen lugar en Marsella, y de los cuales han ocurrido en Paris algunos casos aislados. Parece ser que los marseleses están espantados hasta lo sumo, y los periódicos locales reflejan esta situación tan desconsoladora en que se encuentran los ánimos. Son las mismas escenas que hace algunos años tuvieron efecto en Londres, causando tantas víctimas, es decir, que una vez puesto el sol, nadie anda seguro por la calle, pues á lo mejor se encuentra con un par de estranguladores, que en un santiamén ejecutan sus terribles ejercicios mortales por lo regular para el paciente.

El recuerdo de los horrores que hubo en Inglaterra hace que en Francia se erizen los cabellos. Por supuesto que la policía toma las medidas que el caso reclama, pero esto no impide que menudeen los ataques. Veamos cómo procede la sociedad de thugs ó estranguladores de Marsella.

Noches pasadas, según cuenta un periódico de la localidad, un alumno de farmacia se llevó un susto que en largo tiempo no saldrá de su memoria.

Iba á casa de un enfermo con un medicamento contenido en una redomita, cuando notó que por el muelle del Canal

le seguía muy de cerca un individuo de mala traza. Esta persecución nunca tiene nada de agradable, pero en las circunstancias actuales, lo es mucho menos aun. Así pues el mensajero de Esculapio mide con terror la distancia que le separa todavía de la casa del enfermo, aprieta el paso y logra por fin echar la mano al resorte de la campanilla, cuando hé aquí que el thug, silencioso como un fantasma, se llega á él, y asiéndole del paletó, trata de arrastrarle, buscando en su bolsillo la cuerda fatal para estrechar su garganta.

La inminencia del peligro inspira á la víctima una enérgica resolución: haciendo un esfuerzo extraordinario, estrella la frágil redomita en el semblante de su agresor, y en tanto que este, atontado con el ataque y cegado por la posición farmacéutica, suelta un instante su presa, el jóven se lanza hacia la puerta que acababa de abrirse y vuelve á cerrarla, dejando á su enemigo en la calle.

El thug corrió á lavarse en la fuente mas próxima, en tanto que el alumno de farmacia, que milagrosamente se habia libertado del terrible dogal, subió á toda prisa la escalera, y cayó sin aliento en un sillón en presencia del enfermo, que se quedó asombrado con aquella singular entrada.

Pasados algunos minutos de reposo, se explica lo ocurrido, y entonces el dueño de la casa, juzgando que el manco no se halla en estado de volverse á paseo por las calles, le ofrece aquella noche una hospitalidad que es pactedada con el mas vivo agradecimiento.

Otros lances de este mismo género han tenido en verdad mas deplorables resultados. En todos ellos el móvil es el robo, pero los agresores no se detienen ante la idea del asesinato.

La población toma sus medidas, independientemente de las que pueden adoptar las autoridades. Verbigracia, al caer la tarde, por todos los barrios aislados se ven personas que andan con el paraguas abierto, aunque el cielo no amenace lluvia, y esto es con el fin de evitar que las arrojen el lazo y las arrastren.

Además, así como en Londres se usaron collares de hierro en la época de los estranguladores, así también parece que se adoptarán en Marsella, pues no se echó en saco roto que la moda en cuestión salvó la vida á muchísimos ingleses.

En los bailes que se han dado en las noches de carnestolendas, como era preciso transitar por las calles á hora muy avanzada, hubo muchos jóvenes que se presentaron disfrazados de bull-dogs ingleses, y rodeada la garganta con anchos collares que ya se conocen con el nombre de ANTI-ESTRANGULADORES.

El efecto que produjeron los tales máscaras debió ser ciertamente extraordinario. ¿Cómo no reirse al aspecto de aquellas cabezas que asomaban por encima de argollas de puntas aceradas? No es de esperar que los señores estranguladores aparezcan en Paris, al menos así en cuadrillas temibles; pero si sucediera, no dejarían de ponerse en boga los tales collares, y quizás habria industrial que se haria un nombre en este nuevo artículo de consumo, y la gente de gran tono iria á su casa, como se va á casa de Giroux á comprar juguetes, á la de Siraudin por confites, y á la de Guerlain, el célebre perfumista de la calle de la Paix, á buscar los perfumes á la moda.

Hace algunas semanas que no hemos hablado á nuestros lectores de las almonedas de curiosidades, y sin embargo, estos se suceden en Paris casi diariamente. Entre las últimas y mas notables se cuenta la de la biblioteca del difunto M. Taillandier, consejero del tribunal de Casacion y miembro de la sociedad de anticuarios de Francia.

Habia aquí obras rarísimas y sumamente curiosas concernientes al antiguo derecho francés y á las costumbres tradicionales de Francia. Todos estos libros se disputaron con gran empeño; bástenos decir que la *Somme rural*, tomo en folio gótico á dos columnas, se vendió en 5,000 francos.

Verdad es que este libro es apreciado sobremedida entre los bibliófilos, pues solo se conocen en el mundo cinco ó seis ejemplares de esta primera edición. El de M. Taillandier tenia una encuadernación del siglo XV.

En el margen de una de las hojas del volumen, M. Taillandier explica lo rarísima que es esta edición. Toda la biblioteca produjo la suma de 20,000 francos.

Luego se ha vendido también una colección de monedas francesas que se disputaron varios miembros de la sociedad de numismática y de arqueología. Habia igualmente aquí piezas rarísimas que alcanzaron un crecido precio.

Finalmente, ahora se anuncia la próxima venta del gabinete de lozas históricas perteneciente al famoso escritor M. Champfleury. Nada mas curioso que esta colección formada desde hace veinte años, y en la cual cada objeto se refiere á los usos y costumbres del pueblo, y á los sucesos políticos ocurridos en Francia de 1750 á 1830.

Las lozas históricas, burlas, framacónicas, las relativas á la invención de los globos preceden á las de los reyes, la revolución, el imperio, la restauración y el gobierno de julio; pero los mas notables de estos objetos, son los que ofrecen simbólicamente los principios y las cosas de la época revolucionaria. No cabe duda que ante curiosidades de este género habrá afluencia de compradores.

Paris se ha ocupado mucho esta semana de cosas políticas. Las discusiones del Cuerpo legislativo relativas á la nueva ley sobre la prensa, han producido incidentes curiosos, unos y otros deplorables. Entre estos últimos hay uno referente á un diputado que súbitamente ha padecido un ataque de enajenación mental en las circunstancias mas

singulares. Hé aquí cómo se refieren los pormenores de este triste caso:

Parece ser que en la mañana del lunes, un personaje disfrazado con un traje oriental se presenta en el gabinete del señor ministro de Estado, y pide al ugiar de servicio una audiencia inmediata.

— Quiero ser recibido con entusiasmo, exclamaba gesticulando de la manera mas extravagante.

El ugiar estaba á punto de despedirle; mas él enseñó su tarjeta, en la que se leía el nombre de M. Enrique Didier, diputado por el departamento del Ariège, y M. Rouher, á quien se pasó esta tarjeta, dió orden de recibirle.

Admitido pues á presencia del señor ministro de Estado, el diputado emprende la lectura de un discurso que habia preparado anticipadamente, segun dijo, « con el fin de no ocultar mas á la oposicion el fondo de su pensamiento. » M. Rouher le escuchó con la mayor sangre fria, pues desde luego comprendió el estado de turbacion mental de M. Didier, que dominado por la mas viva agitacion, no era ya dueño de sus ideas ni de sus palabras.

Para no irritarle, el ministro le dejó hablar todo cuanto quiso, sin contradecirle; pero tuvo buen cuidado de ir temprano á la Cámara, para advertir á los miembros de la izquierda lo que les esperaba y para suplicarles que no interrumpiesen ni contestasen.

Así fué que M. Didier pudo cuando llegó la hora tomar la palabra sin tropezar con una resistencia que seguramente habria hecho su estado mucho mas grave. Con pretexto de hablar sobre el acta de la sesion anterior, sube á la tribuna santiguándose tres veces y con una presteza extremada pronuncia un discurso de los mas violentos, descosido desde el principio hasta el fin, que no copiaron los taquígrafos, y á cuyo final M. Didier, rendido de cansancio, salió del salon de sesiones. Dícese que por un acuerdo tácito se convino en que no se haria mencion de semejante discurso en el extracto oficial; pero hé aquí que aquella misma noche á las once M. Didier, agitado como antes, se presenta en la redaccion del *Moniteur*, armado, segun dicen, con un revolver, y pidiendo las pruebas de su discurso que, como ya hemos indicado, no existian.

En tal conflicto se hubo de apelar entonces á la memoria de uno de los redactores del extracto oficial para fabricar en algunos minutos una especie de discurso á fin de que le viera el diputado por el departamento del Ariège, y seguidamente se avisó á varios diputados de la izquierda, que se habia cambiado de parecer y que se acababa de insertar en el extracto un discurso, poco menos que imaginario de M. Didier, á fin de calmar sus exigencias.

Y así se hizo.

Tales son los informes que sobre este lamentable incidente ha publicado un periódico de provincias, el *Journal du Havre*, de donde los tomamos. A las últimas noticias los amigos de M. Didier temian que la repeticion de estos accesos no comprometieran su salud de un modo muy grave.

Concluamos con nuestra acostumbrada ojeada á los teatros parisienses.

Desde luego tenemos que decir que los honores de la semana son para Alejandro Dumas, pues en tres teatros á la vez se han puesto en escena producciones que llevan su nombre.

Verdad es que ninguna de ellas es de creacion reciente; al contrario, todas pertenecen á aquella época de entusiasmo literario en que la aparicion de una de estas obras era en Paris un verdadero acontecimiento.

En el Odeon se representa pues, *Kean ó desorden y genio*, interpretado por Berton en el papel de protagonista y por los primeros artistas de la compañía; — en la Puerta de San Martin hacen *la Juventud de los Mosqueteros*, y finalmente, en la Gaité tenemos *la Reina Margot*, con el mismo aparato escénico con que se estrenó hace mas de veinte años en el Teatro Histórico.

El público ha hecho á todas estas obras una acogida bastante indiferente, tanto que el mismo autor recordando sus pasados triunfos, deplora con profunda amargura la decadencia intelectual de la presente generacion; nada menos que eso.

Sí, Alejandro Dumas en su nuevo periódico titulado *D'Artagnan* escribe estas palabras:

« Material é intelectualmente Paris ha cambiado mucho desde 1845, es hoy lo contrario de lo que entonces era... »

» En lugar de Balzac tenemos á Ponson du Terrail; en lugar de Carlos Bernard á Feuillet; en lugar de Alfredo de Musset á Feydeau; en vez de Ponsard á Laya; en el puesto de Scribe á Sardou; en el de Soulié á Clerc; en el de Alfredo de Vigni á Palme; en el de Meyerbeer á Offenbach: en vez de *la Tour de Nesle*, *la Biche au Bois*; en lugar de *Marion Desorme*, *les Voyages de Gulliver*; en el papel de la Rachel á la Favart; en el de Dorval á la Shneider; en el de Bocage á M. ***; en el de Federico Lemaitre á nadie.

» La mayor parte de los artistas que acabamos de nombrar, son hombres y mujeres de mucho talento. Quizás un dia hagan olvidar á sus antecesores; pero mientras tanto, hacen desgraciadamente, que se les eche de menos.

» Y si quisiéramos hablar de la pintura, si quisiéramos nombrar á los sucesores de Delacroix, de Ingres, de Horacio Vernet, de Flandrin, de Bellanger, todavia seria mucho peor.»

Y así continúa.

Por nuestra parte confesamos humildemente que no somos del mismo parecer. M. Dumas calla autores mas célebres que los que nombra, y por consiguiente falta la debi-

da exactitud en el parangon entre estos y aquellos. Lo que si sucede es que ha cambiado el gusto; que hoy la vida teatral, para limitarnos á la cuestion de teatros, reside exclusivamente en la comedia de costumbres, y el drama de capa y espada, de intrigas y aventuras, de accion y de movimiento continuo al estilo del año 30, ha pasado de moda y no hay poder humano que lo resucite.

Fuera de estas exhibiciones de cosas pasadas, los teatros de Paris no han cambiado en la última semana el repertorio que conocen ya nuestros lectores.

MARIANO URRABIETA.

Las Vestales.

(Continuacion. — Véase el N.º 784.)

Con esta idea ordenó que no se recibiese ninguna Vestal que no se hallara entre los seis y los diez años de edad, á fin de que, tomándolas en la niñez, su inocencia no pudiese ser dudosa, ni su sacrificio equivoco.

Por muchas que fuesen las distinciones concedidas á esta orden, no se hubieran encontrado personas para completar el número; á no estar de por medio el apoyo de la autoridad y de la ley, porque ciertamente era una cosa muy delicada para los parientes; pues á mas de mediar la ternura y la compasion, con el suplicio de una Vestal quedaba deshonrada toda su casa.

Cuando debia reemplazarse alguna, toda la ciudad se agitaba y se movian todos los resortes imaginables para alejar de la familia una eleccion que traia consigo tan extraños inconvenientes.

Tiberio agradeció á Fonteyo Agripa y á Domicio Polion, el ofrecimiento que hicieron de sus hijas para reemplazar á la Vestal Occia, y el celo extraordinario que manifestaron á porfia para el bien de la república.

En los monumentos antiguos nada se encuentra con respecto al modo y á las ceremonias con que se escogian las Vestales; únicamente se dice que la primera lo fué una jóven robada por Numa.

Sin embargo, la ley Papia mandaba al pontífice magno que escogiese á su arbitrio veinte jóvenes del pueblo, y que sorteándolas ante la asamblea, agarrase á aquella á quien cupiese la suerte. Digo agarrase porque es la palabra de la ley.

El pontífice la tomaba de las manos de su padre, de cuya autoridad la libertaba, y la conducia consigo como cogida en buena guerra. *Veluti bello adducitur*. Numa hizo las primeras ceremonias de este acto, y dejó en posesion de las mismas á sus sucesores; pero despues de la expulsion de los reyes pasaron á los pontífices.

No obstante, el tiempo cambió las cosas y el pontífice las recibia con la sola presentacion de sus padres, con tal que reuniesen las circunstancias que exigian los estatutos de la orden. En el primer libro de los Anales de Fabio Pictor, fué hallada esta fórmula de que usaba el pontífice al tiempo de la recepcion.

Sacerdotalem Vestalem que sacra faciat, que jussi, sacerdotalem Vestalem facere pro populo romano, Quiritibus, uti quod optima lege fiat, ita te Amata capia. El pontífice se servia con todas de la expresion *Amata*, porque se llamó así la primera que fué robada á su familia.

Al instante que se habia recibido á una Vestal se le cortaba el cabello, el cual era atado al arbusto de que hace tanta mencion Homero, llamado *lotos* por los griegos y latinos; y esta operacion en una ceremonia en que todo encerraba misterio, era considerada como una señal de libertad.

Numa Pompilio no estableció mas que cuatro Vestales. Servio Tulio añadió dos, y este número de seis duró tanto como el imperio romano. Sin embargo, por las medallas de Faustino se ve que fueron siete, y esto mismo confirma san Ambrosio en su Epístola á Valentiniano; pero la sétima era reputada por una novicia ó educanda mas bien que por una Vestal; y aunque algunos modernos han querido que fuesen veinte, no se han fundado en autoridad alguna. Plutarco nos asegura que en su tiempo, que era en el reinado de Trajano, no se habia aumentado su número. Y san Ambrosio, que vivia cuando la decadencia de la orden, dice lo mismo en el paraje citado.

Las sacerdotisas de Vesta establecidas en Alba, hacian voto de castidad para toda la vida. Amulio, dice Tito Livio, con el pretexto de honrar á su sobrina la consagró á Vesta, y con la obligacion de una continencia perpétua, le quitó toda especie de posteridad.

Numa no exigió de las Vestales este voto mas que para treinta años, de los cuales pasaban los diez primeros aprendiendo sus obligaciones, otros diez desempeñándolas, y los restantes enseñando á las demás, despues de lo cual tenian libertad de casarse. ¿Qué especie de virtud es esta, exclama san Ambrosio, que está unida á la edad y no á las costumbres, que se acaba con cierto número de años y no con la vida!

Las pocas Vestales que se casaron se arrepintieron, y no puede citarse una sola que se llevase bien con su marido; así es que generalmente temian el desprecio de los hombres, y creian que la continencia les era mas soportable en el estado de Vestales que en el de esposas. A mas de las razones de mala inteligencia, la su-

persticion no dejaba de añadir alguna especie de castigo del cielo á esta clase de matrimonios. Así es que la mayor parte abrazaban el partido de morir solteras; y aunque despues de los treinta años pudiesen permanecer todavia en la orden y gozar de los privilegios y de las consideraciones que les eran propias, no les era permitido tomar parte en las ceremonias. El culto de Vesta tenia sus reglas de bien parecer como sus leyes, y á una Vestal vieja le pegaban muy mal las funciones del sacerdocio; el hielo de los años no tenia con el fuego sagrado ninguna de las relaciones que se exigian, y hablando con propiedad, solamente las vírgenes jóvenes y capaces de toda la viveza de las pasiones, podian hacer honor á los misterios de su diosa.

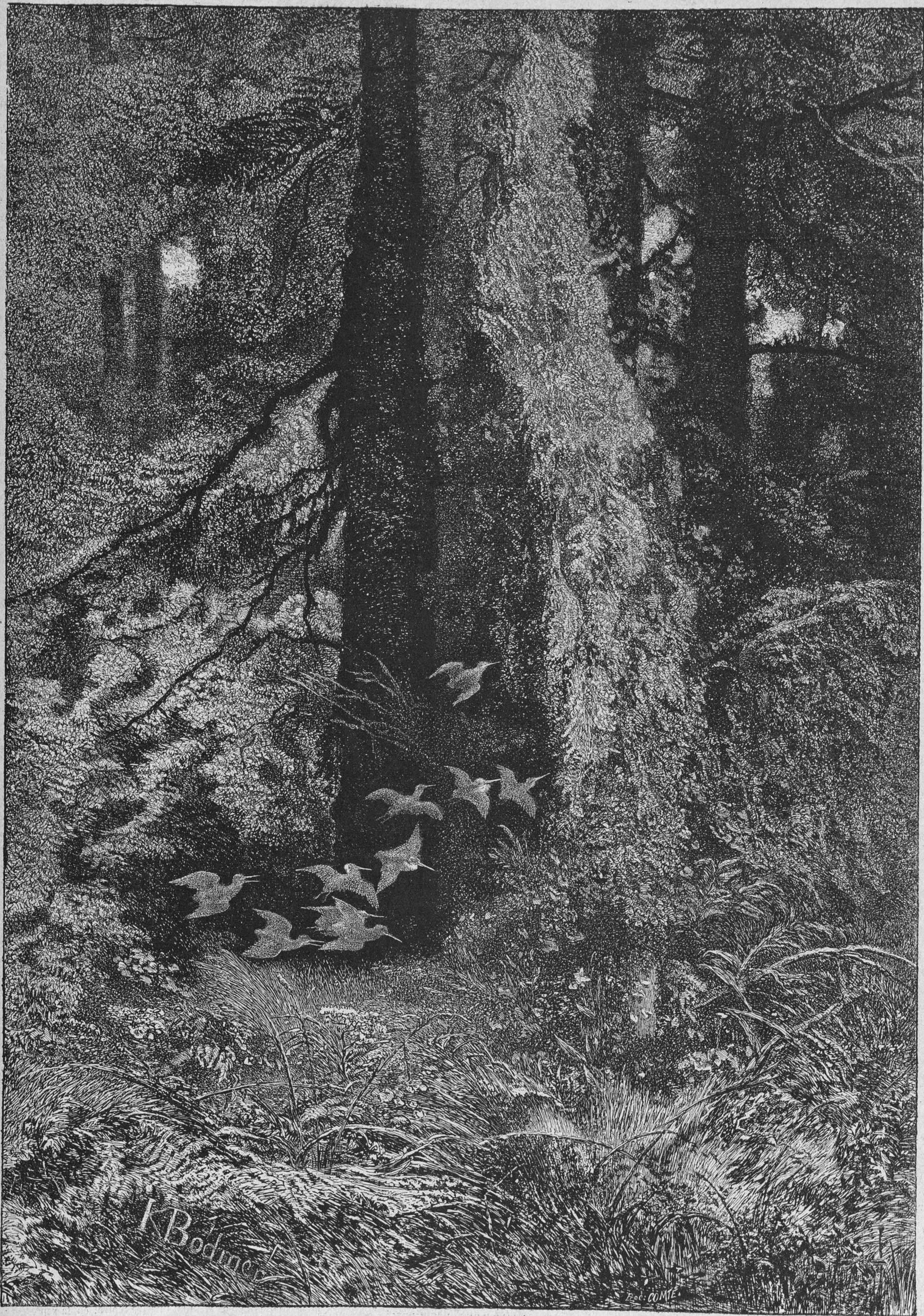
Es cierto que merece los mayores elogios la idea de Numa, de haber confiado la guardia del fuego á jóvenes cuya inocencia debia corresponder á la pureza de este elemento; pero creo que hay motivos bastantes para echarle en cara el haber hecho al destino, á la duracion y á los triunfos del imperio, dependientes de la continencia de un corto número de jóvenes, que arrebatadas á sus familias en una edad tan tierna, inutilizaban todas las precauciones que la prudencia humana hubiera podido tomar para una eleccion tan delicada. Aunque era propio de la sabiduría del legislador sostener sus votos con todo el rigor de las reglas y de los estatutos, no les procuró mas que recompensas temibles, las hizo dueñas de una infinidad de cosas, con pretexto de dulcificar su estado é ilustrar su profesion, y descansó en el temor de los castigos que se les imponian, los cuales, por horrorosos que sean, no siempre pueden mirarse como los mas seguros remedios contra los arrebatos de las pasiones. Vivian en el lujo y en la molicie, asistian á las funciones públicas, á los teatros y al circo, y con frecuencia á los convites de sus familias, y en su casa eran visitadas por hombres y mujeres en todas las horas del dia.

Una Vestal fué violada al restituirse á su templo al anochecer, por algunos jóvenes libertinos que ignoraban ó fingieron ignorar quién era, con cuyo acontecimiento se introdujo la costumbre de hacer ir delante de cada una de ellas á un licitor con las fasces (1) para que se distinguieran con cierta especie de dignidad, y se precaviesen esta clase de desórdenes. Con el pretexto de reconciliar á las familias se mezclaban en todos los negocios, y la mediacion de una Vestal era el último y mas seguro recurso de los desgraciados. Toda la autoridad de Narciso no pudo estorbar que la Vestal Vibidia obtuviese de Clodio que su mujer fuese oida en defensa; ni los extravíos de la emperatriz, ni su matrimonio con Silio durante la vida de César, no la impidieron el tomar su partido y hablar en favor de Mesalina.

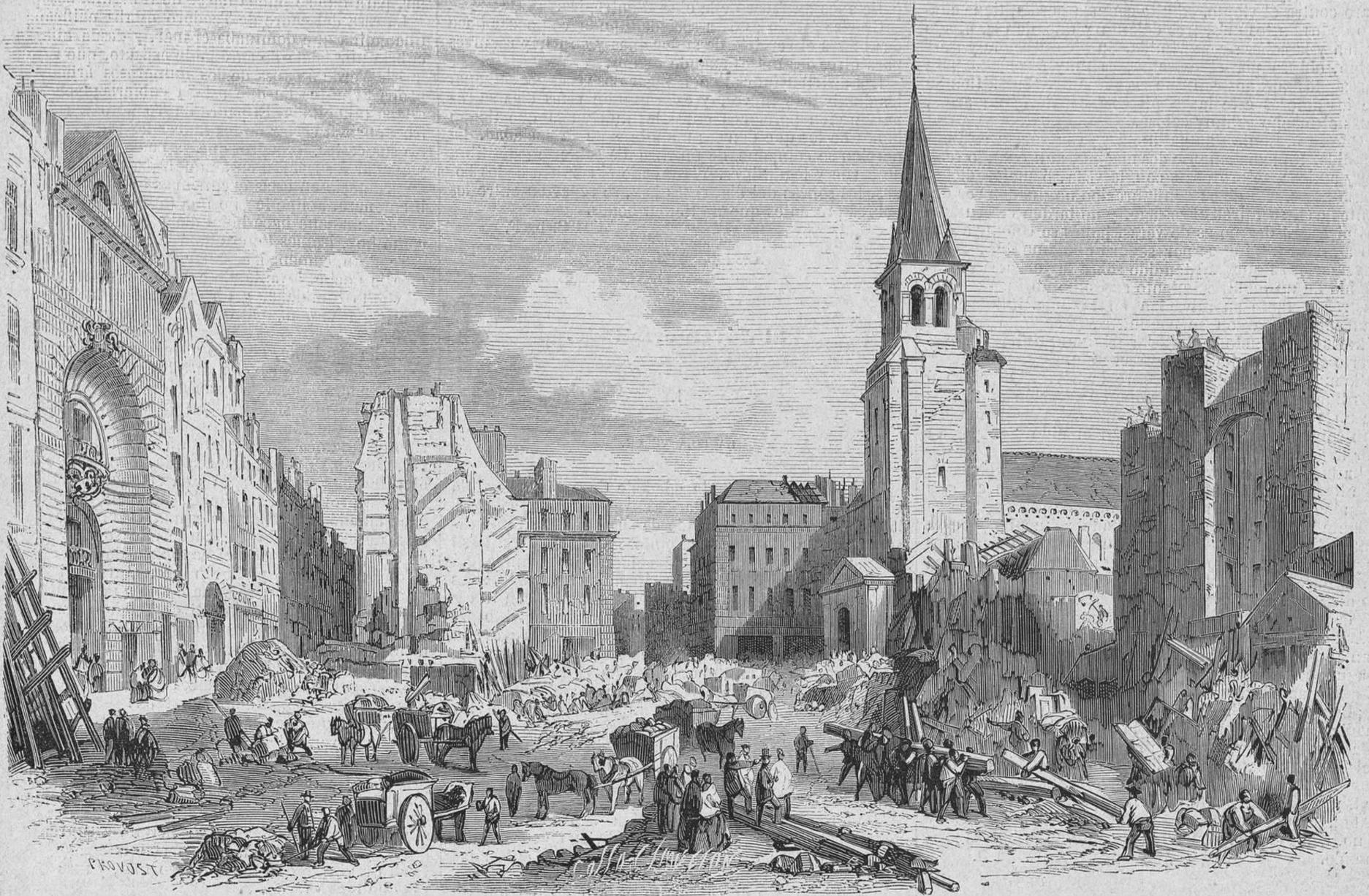
El traje de las Vestales nada tenia de triste ni que pudiese ofuscar su belleza, á lo menos segun vemos en las medallas. Llevaban una especie de turbante que les llegaba hasta la oreja, dejando descubierto todo el rostro, y en aquel cosian algunas cintas que anudaban por debajo de la barba. Sus cabellos, que al principio se cortaron y fueron consagrados á los dioses, se dejaban crecer despues, y recibian todas las formas y adornos que pudieron inventar el arte y el deseo de agrandar. Encima del vestido llevaban una túnica de una lana fina y extremadamente blanca, que llegaba hasta medio cuerpo, y sobre ella un manto de púrpura ancho y largo, que no estando sujeto mas que al hombro izquierdo, les dejaba el brazo derecho libre y casi del todo desnudo; su calzado era igual al de las mujeres romanas, y su lujo llegó hasta el extremo de llevar las suelas de oro macizo. Tenian algunos adornos peculiares de los dias de fiestas y de sacrificios, que aumentaban la dignidad de su traje sin quitarle la gracia. El esmero en adonizarse era la exclusiva ocupacion de algunas, y las habia que se preciaban de mujeres de gusto, de limpieza y de magnificencia. Minucia con su aire libre y sus trajes profanos, dió lugar á sospechas maliciosas. Algunas fueron criticadas por el buen humor é indiscrecion en sus discursos, y las hubo que llegaron hasta el extremo de componer versos tiernos y apasionados. Séneca nos ha trasmitido este: *Felices nuptæ! Moriar, nisi nubere dulce est*; y el mismo Séneca, parafraseando este verso, ha tomado cierto aire de declamacion. « O tú juras, dice, por la experiencia que tienes del matrimonio, ó si no le has probado nunca, te perjuras. Ni lo uno ni lo otro es propio de una sacerdotisa. Los magistrados inclinan delante de tí las insignias de su autoridad. Los cónsules y los pretores te ceden el paso en todas partes; ¿y es esto poca recompensa de tu virginidad? Una Vestal no puede jurar mas que por su diosa, y aun esto raras veces. ¡Muera! dices, *moriar*. Se ha extinguido el fuego sagrado... si quieres encomiar el matrimonio, habla del de Lucrecia; pondéranos su muerte, y no jures por la tuya. Si buscas la felicidad fuera de las funciones de tu ministerio, te haces digna de todos los suplicios. La fuerza que encierra este *dulce est*, manifiesta que ha nacido del fondo del alma, y para hablar así no basta haber conocido el placer, es necesario haberse abandonado á él con delirio. »

(Se continuará.)

(1) Nadie ignora lo que son los lictores, ni que las fasces eran las insignias del cónsul romano, y que se componian de un hacedillo de varas con una segur en uno de sus extremos, cuya segur solo se llevaba fuera de la ciudad. Ambas cosas hemos visto en nuestro teatro, en la representacion de la ópera *los Bacanales de Roma*, en que dos lictores con sus fasces han salido á las tablas, precediendo al cónsul Postumius.



El paso de las becasas.



Embellcimientos de Paris. — Obras ejecutadas en la plaza de Saint-Germain des Prés para la abertura de la calle de Rennes.

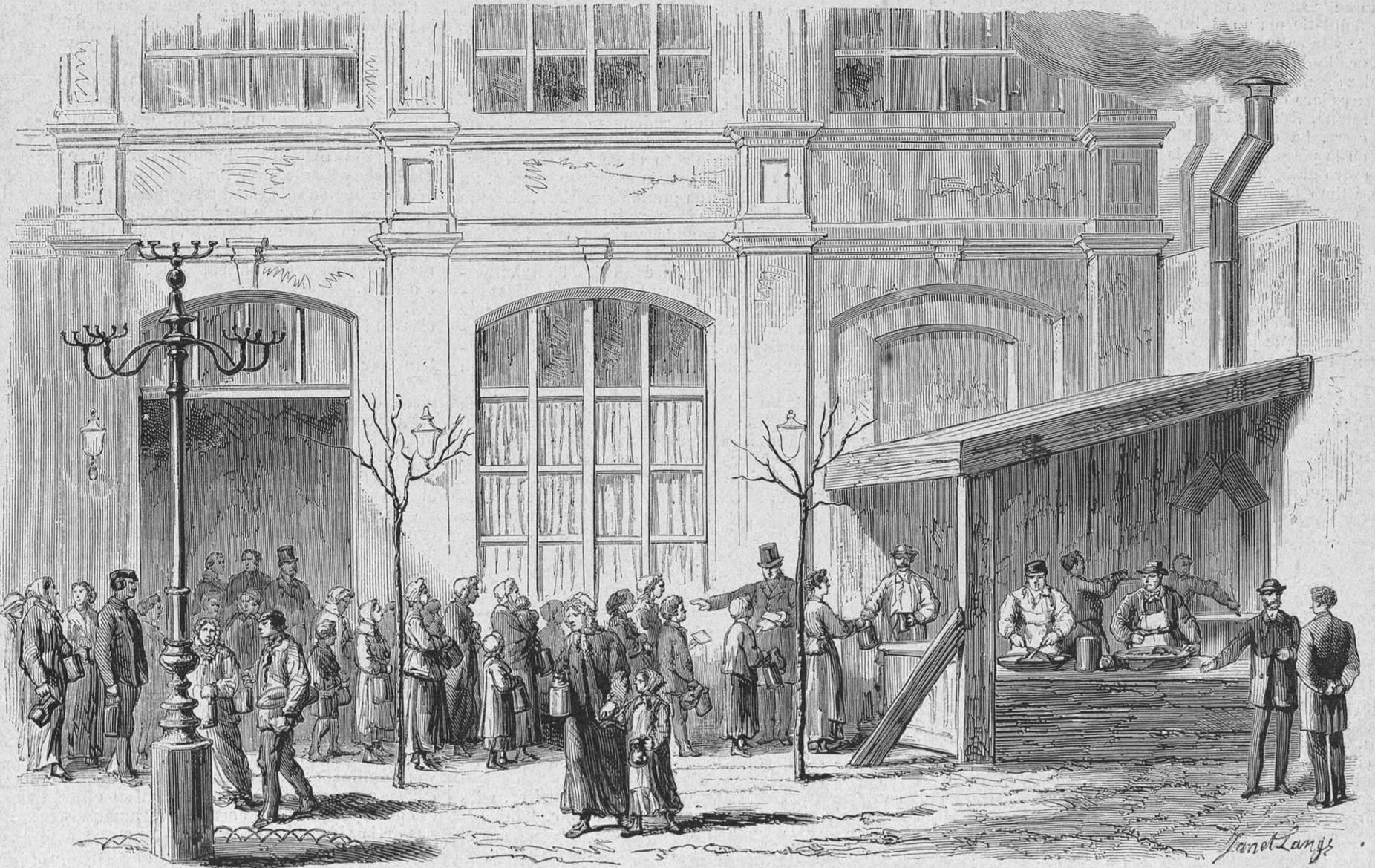
El paso de las becasas.

Como el becacín, su próximo pariente, la becacá pertenece al orden de las zancudas y á la familia de los

longirostros, ó sean picos largos, de donde proviene su nombre. Se sobreentiende que no voy á hablar aquí del becacín de mar, ni del doble ni del pequeño, que se diferencian entre sí por los colores de su plumaje y por

los lugares que habitan, sino de la becacá comun, la que hace la alegría de los cazadores parisienses, y que vive ó viaja sola ó por parejas.

La becacá comun habita con preferencia los sitios



LILA. — Distribucion de alimentos á los indigentes en la cocina de los Orfeonistas de Lila.

pantanosos y cerca de los bosques que la sirven de amparo contra el viento. Abulta como la perdiz, tiene cuatro dedos en los pies, tres delante y uno detrás, el ojo salton y la cabeza comprimida. Su pico derecho y muy largo, obtuso por el extremo, es muy adecuado para buscar los gusanos con que se alimenta. En el tiempo de los amores este largo pico se convierte en arma, pues el macho es muy celoso.

Que se presente una gallineta y ya la guerra está encendida. Inmediatamente dos machos, aun cuando sean muy amigos, se provocan con la vista, ó mejor dicho, como por efecto de su configuracion no pueden ver delante de sí, se miran al soslayo, y no tardan en cruzarse los picos. El desafío es de veras, jamás se concluye con un almuerzo. Téngase por seguro que uno de los dos adversarios se quedará tendido sobre la yerba, si sobrecogido de un desfallecimiento supremo no busca en el postrer instante su salvacion en la fuga. Entonces el vencedor carga con su conquista, y dejando muchas plumas en el suelo se la lleva triunfante al lugar cubierto en donde ella instalará su nido.

Siempre este nido está sobre la tierra. Los cinco ó seis huevos que la hembra pone en él están matizados de un rojo pálido. En cuanto nacen los pequeñuelos, aun con el cascarrón encima dejan el nido y se pasean por la yerba.

La becada es un ave de paso, de vuelo poco elevado, que llega á nuestros climas por octubre, época en que abandona las altas cimas, su morada de verano, y huye delante del frío. Apresura su bajada á medida que va sintiendo el rigor de la temperatura y se refugia en los lugares mas abrigados. Por lo regular está poco tiempo en el mismo sitio, diferenciándose en esto del becacín, á quien gustan muy poco las mudanzas, se la encuentra de día en las plazuelas de los bosques, donde no es difícil cazarla, y por la tarde toma su vuelo hácia los pantanos, los prados húmedos, los arroyos con árboles, y aquí pasa la noche, otra particularidad que no ignora el aficionado á cazar al acecho.

¡Bonita en verdad es esta caza que no dura mas de media hora! A la entrada de la noche el cazador se instala en el camino que debe recorrer la becada para ir del bosque al pantano. Lo importante es elegir un buen puesto con campo delante de los ojos. La becada tiene sed, y por consiguiente no se entretiene en el camino. ¡Atencion pues cazador, ahora *pasa!* La mano lista y si no, adios el rico y succulento asado que te habias prometido.

C. P. D.

Embellecimientos de Paris.

LA CALLE DE RENNES.

En la trasformacion que se está operando en Paris, le tocan á la orilla izquierda del Sena cuatro grandes vias que la surcan en todos sentidos, á saber: el bulevar Saint-Germain, el bulevar Saint-Michel, la calle Monge y la calle de Rennes.

La calle de Rennes va de la estacion Montparnasse á la plaza Saint-Germain des Prés y sirve de salida al desembarcadero de las líneas de Versalles, del Centro y de la Bretaña. Esta vastísima obra exige la demolicion de 185 casas. La calle de Rennes se detiene, digámoslo así, en la plaza de la iglesia de Saint-Germain des Prés y nuestro grabado representa el aspecto de las obras en este último punto. Desde esta plaza la calle se continuará por dos vias, de las cuales una conducirá al muelle Conti, cerca de la Casa de Moneda, y la otra desembocará en la calle que se abre actualmente en el eje del puente Solferino.

Aquí como en los demás barrios donde se trabaja por cuenta de la villa, la actividad es extraordinaria. Nuestro dibujo representa con toda exactitud el hormiguero de operarios que pone en movimiento la demolicion del antiguo Paris.

La abertura se prolongará inmediatamente hasta la calle de la Abadía, y los obreros trabajan en la demolicion de las casas cuya desaparicion producirá este resultado. Las distintas obras de canalizacion subterránea, empedrado y alumbrado se hacen á la vez segun costumbre, para que cuanto antes se abra á la circulacion la nueva via.

L. C.

Distribucion de alimentos

EN LA COCINA DE LOS ORFEONISTAS DE LILA.

Al mismo tiempo que la administracion municipal de Lila organizaba la obra de las cocinas económicas para la venta de porciones alimenticias á precios reducidos, la sociedad imperial de los orfeonistas de la misma ciudad establecia una cocina para la distribucion gratuita entre los pobres que socorren los miembros de la sociedad.

Varios de ellos se encargaron generosamente de la instalacion, y una ofrenda del señor prefecto del Norte y algunos donativos anónimos suministraron los primeros fondos. Luego, con el fin de aumentar los recursos, los orfeonistas dieron sucesivamente conciertos en to-

das las parroquias de Lila, los cuales se terminaron con peticiones en favor de la obra filantrópica.

Gracias á todo esto la sociedad pudo comenzar hace dos meses el servicio de sus cocinas y aun hay recursos para otros dos meses cuando menos.

Las distribuciones tienen lugar dos veces por semana, los domingos y juéves, y cada uno de estos dias se reparten cien porciones entre los indigentes que tienen bonos de los que dan los miembros de la sociedad. La porcion se compone de un litro de caldo, media libra de carne y legumbres. Terminado el servicio de los bonos, las sobras del dia, si las hay, se reparten entre los pobres presentes que no tienen bonos.

C. DE F.

El Joven ermitaño.

I.

LA ISLA VERDE.

Un niño que, desde la edad de doce años lleva la vida de esos piadosos solitarios cuyas virtudes preconiza la Iglesia; que vive separado de sus padres, en una caverna, en medio de un espantoso desierto, donde su vestido es un sayo grosero de color oscuro, anudado á la cintura con una cuerda de cáñamo; su calzado, unas suelas de madera sujetas á sus pies desnudos con toscas correas; su alimento, yerbas, raices, algun fruto, tal cual huevo en tiempo de Pascua, pero nunca pan; su bebida, el agua de una fuente; su cama, un monton de musgo, es en efecto una historia extraordinaria, y que parecerá sin duda inverosímil si se supone que ese joven ermitaño ha abrazado semejante género de vida por complacer y obedecer á sus padres. Entonces no podrá menos de vituperarse la culpable negligencia de ese padre, que abandona á sí mismo á ese hijo; pero nosotros nos apresuramos á demostrar que no merecia semejante recriminacion.

Teodoro era el mayor de seis hermanos. Sus padres, pobres pero honrados y religiosos, vivian de su trabajo, y apenas podian ocurrir con su producto á cubrir las necesidades de sus hijos. El padre, que se llamaba Felipe, cultivaba sin descansar un pedazo de tierra y un huertecillo que poseia; y, gracias á su actividad, jamás carecia su familia de pan, leche y frutas. Tambien se daba buena mañana para criar las colmenas.

Cuando no tenia que trabajar fuera de su casa, se ocupaba en hacer cestos, y sus hijos le ayudaban en este entretenimiento, mondando las ramas de sauce ó haciendo otras operaciones compatibles con su edad. A veces tambien, acompañaba á un rico pescador de la aldea llamado Tomás, y recibia de este una buena porcion de lo que pescaba. La mujer, por su parte, además de ejecutar todas las faenas domésticas, hacia redes con el cáñamo que sus hijas hilaban. Esta vida laboriosa daba una especie de holgura á la familia, y los hijos estaban siempre bien vestidos y bien alimentados. Pero el principal cuidado de sus padres era el educarlos en la virtud y en la piedad.

— La mejor herencia que podemos dejarles, decian con frecuencia, es una buena educacion.

Teodoro, que llenaba de gozo el corazón de sus padres, era un niño de quien podia esperarse mucho. Su talento precoz le daba una grande superioridad sobre los demás niños de su edad, su actividad era poco comun, y su amabilidad y complacencia igual para todos.

Tenia además muy bellas facciones, un aire desembarazado, ojos brillantes y dulces, cejas bien delineadas, hermosos cabellos castaños que caian en rizos sobre sus espaldas. Era en verdad el mas lindo niño que podia imaginarse, cuando los domingos le vestia su madre el chaleco gris perla que le habia regalado su padrino el pescador Tomás, y su chaqueta y pantalon largo.

Pero no obstante todas estas ventajas, Teodoro tenia tambien sus defectos: era porfiado, queria tener siempre razon, se encolerizaba contra los que se atrevian á contradecirle, y á veces solo podian sus padres conseguir que les obedeciese recurriendo á castigos severos. Tenia tambien la pretension de dominar á sus hermanos y hermanas, y si estos no se plegaban á todos sus caprichos, escuchaban de su boca palabras duras y amargas.

Comiendo con frecuencia en casa de su padrino, el rico pescador, se contentaba difícilmente con el frugal y sencillo alimento que hallaba en casa de sus padres. Murmuraba cuando estaba á la mesa, y poco faltaba para que se negase á dar gracias á Dios despues de haber comido, como si lo que acababa de recibir de su benéfica omnipotencia fuese indigno de él.

Raro era el dia en que no habia necesidad de reprehenderlo; reconocia la justicia de estas reprensiones, se arrepentia de sus faltas sinceramente, y prometia corregirse. Pero un momento despues volvía á caer en ellas.

Semejante conducta afligia mucho á sus padres, y les causaba serias inquietudes para el porvenir, temiendo ver desvanecerse tan bellas esperanzas. Su padrino, el viejo pescador, le decia con frecuencia:

— ¡Teodoro, amigo mio, ten cuidado! Si tú no te corriges, Dios mismo te corregirá severamente; preveo

que será necesario someterte á una disciplina particular, para que se pueda hacer de tí alguna cosa.

La casa del padre de Teodoro estaba edificada sobre una colina que dominaba el mar, y desde ella se descubria una isleta de agradable aspecto, que se llamaba la Isla Verde á causa de los numerosos árboles y acopados arbustos de que estaba cubierta; por lo demás estaba inhabitada. El padre de Teodoro iba á ella con frecuencia á cortar de los sauces las ramas con que hacia sus cestos. Teodoro, que ya podia manejar un remo y ayudar á su padre en aquel trabajo, lo acompañaba de ordinario en estas excursiones que le agradaban sobremediana. Felipe le dijo una tarde:

— Si mañana hace buen dia y la mar está tranquila como hoy, iremos temprano á la isla.

Teodoro comenzó á saltar de gozo; no durmió en toda la noche, levantándose á cada instante para ver si el viento cambiaba, y dirigió fervientes súplicas á la Santísima Virgen, patrona de los marineros y pescadores.

Al dia siguiente, cuando el lucero de la mañana comenzó á perder su brillo ante los primeros albores del dia, Teodoro estaba ya levantado y ayudaba á su madre á llevar las provisiones al barquichuelo; las provisiones eran bastante considerables, porque habiéndoles ocurrido en una ocasion quedarse, á causa de una tempestad, tres dias sin comer en la isla, siempre que iban á ella llevaban víveres para una semana. La madre le dió una provision considerable de pan, manteca y leche; añadió una marmita y una cazuela para que en caso necesario pudiesen hacer una sopa; y no olvidó de colocar en la barca el capuchon de lana de su marido, á fin de que pudieran preservarse del frío si se veian precisados á pasar una ó varias noches en la isla.

Terminados estos preparativos, Teodoro tomó el lindo sombrero de paja que su padrino le habia comprado el último dia de mercado, y que Marta, la mayor de sus hermanas, habia adornado con una linda cinta verde.

— Teodoro, le dijo su padre; toma otros dos canastos mas, porque los habremos menester.

— ¿Para qué, papá?

— Ya lo verás, le respondió sonriendo su padre; ¿no tienes bastante confianza en mí para creer que sé bien lo que digo? Tú haces respecto á mí lo que no pocos hombres hacen respecto á Dios; quieren saber la razon de lo que manda ó de lo que hace en el mundo, como si no debieran confiar en su soberana y suprema sabiduría, y creer que conoce perfectamente lo que hace. Haz tú ahora lo que te digo, hijo mio, y mas tarde verás que tengo razon.

Teodoro fué á buscar los canastos, y se puso luego en camino con su padre; la madre y los demás hijos los acompañaron hasta la orilla sobre la cual resonaron largo tiempo las voces: ¡Buen viaje! ¡volved pronto!

El ardor con que Teodoro remaba fué tal, que bien pronto tuvo que quitarse su chaqueta. La travesía fué corta y feliz, y saltaron á tierra en el paraje en que estaban los sauces mas frondosos. El padre tomó su segur, y sin perder tiempo se puso á cortar ramas, formó con ellas haces, y los llevó á la barca ayudado por Teodoro.

Concluido este trabajo, se sentaron sobre la yerba á la sombra de una gran encina, y se pusieron á almorzar.

— ¿Sabes, preguntó Felipe á su hijo, que mi abuelo vivió largo tiempo en esta isla? Era un hombre justo y temeroso de Dios. Despues de haber vivido muchos años en este desierto, quiso volver al lado de sus semejantes; y fué á establecerse en la costa, donde edificó la casa en que habitamos aun nosotros.

— Razon tuvo mi bisabuelo, respondió Teodoro; esta isla es muy bonita, muy florida, y tiene bellas umbrías; pero no hay en ella hombres, y por nada de este mundo querría yo vivir en semejante soledad.

— Dices muy bien, hijo mio, repuso el padre; y puesto que amas tanto la sociedad de los hombres, hay una razon mas para que procures hacerte complaciente y asoiable.

Luego que hubieron acabado de almorzar y dado gracias á Dios, Felipe dijo á su hijo:

— Voy á darte ahora una sorpresa agradable: ve á tomar de la barca los dos canastos.

Despues de atravesar un espeso soto, llegaron á un claro en cuyo centro se elevaba un frondoso nogal, cuyas verdes ramas estaban cargadas de nueces ya maduras. Habia ya muchos años que no habia producido fruto, no se habia por consiguiente hablado del árbol, y Teodoro no lo conocia: esto hizo que fuese mayor la alegría que experimentó al verlo.

— Tu bisabuelo fué quien lo plantó, le dijo su padre, como otros muchos que habia en la isla; pero todos han muerto ya de vejez, y solo queda el nogal.

Teodoro bendijo la mano que habia plantado aquel árbol, y se puso á coger algunas nueces. Quitó con sus dientes la corteza verde de una de ellas, y trató de romper la cáscara. Esto no era en verdad muy fácil.

— ¿Por qué razon, papá, ha cubierto Dios este fruto tan dulce con dos cortezas: una tan amarga y otra tan dura?

— En eso, como en todo, tenemos que admirar su profunda sabiduría, hijo mio: la cubierta dura está destinada á conservar el germen que debe producir un árbol tan hermoso; y la amarga impide que los ratones y otros animales devoren ese mismo fruto que tanto agrada. Pero no es esto todo; ha querido enseñarnos con eso á aceptar, como debemos, las amarguras y las penas de la vida: tú no arrojas las nueces porque se hallen envueltas en esa doble cáscara dura y amarga; las miras, por el contrario, como un beneficio del Criador, que protege el dulce fruto que encierran, ¡Pues bien!

lo mismo es necesario hacer respecto á las aflicciones y á los males: lo que de ellos gustamos al principio es ciertamente bien amargo; pero prosigamos, y hallaremos en ellos despues un fruto saludable.

Felipe subió luego al árbol y sacudió con fuerza todas sus ramas una tras otra. Teodoro se daba prisa á recoger las nueces, que llovian sobre su cabeza, y á llenar de ellas los dos canastos, sin arredrarse de aquella granizada, que le hacia por el contrario reir en un principio; pero al fin acabó por molestarle, y se separó un poco sin interrumpir totalmente su trabajo. A medida que llenaba los canastos, corria á vaciarlos en el fondo de la barca y volvia bajo el árbol á llenarlos de nuevo.

— ¡Qué contenta se pondrá mamá, decia levantando la cabeza, cuando vea que llevamos tantas nueces! ¡qué gozo sobre todo, para mis hermanos y mis hermanas, cuando yo les reparta estos frutos! ¡Qué alegres se pondrán, papá!

II.

LA TEMPESTAD.

Mientras Teodoro y su padre recolectaban las nueces en medio de la selva, no podian ver las negras y tempestuosas nubes que se alzaban por la parte de tierra. El niño acababa de entrar en la barca para vaciar sus canastos, cuando de repente una manga de viento impetuoso hizo crujir los árboles de la orilla, desgajó algunas de sus ramas, é hinchando las olas, estas sacudieron con fuerza la barca, rompieron su débil amarra, y al retirarse nuevamente, la arrastraron consigo á alta mar.

Teodoro, aterrorizado, comenzó á gritar con todas sus fuerzas; su padre acudió presuroso á la orilla, pero ¡ah! el niño estaba lejos. La mar bramaba con fragor horrible; la pobre barca, suspendida en lo alto de una ola, se precipitaba de repente en un abismo para aparecer despues y volverse á precipitar de nuevo; pero cada vez se alejaba mas y mas. El desventurado padre veia por intervalos á aquel hijo querido que tendia sus manos hácia el cielo ó hácia la orilla; oia en su corazon los gritos de aquel hijo, mas el sordo mugido de las olas, el fragoroso rumor de los vientos apagaban sus lastimeras voces. En pocos instantes se cubrió el cielo de espesas nubes, y una oscura sombra envolvió el mar. Los amarillentos relámpagos iluminaban solo por momentos con su angulosa marcha aquella escena de horror, y su pálida claridad permitia á Felipe distinguir la barquilla sacudida por las aguas y á Teodoro de rodillas con los brazos elevados al cielo. ¡Horrible situacion para un padre! sin embargo, apercibiendo algunas veces á su hijo por la blancura de su camisa, veia que no habia perecido aun, y conservaba alguna esperanza: de repente, torrentes de lluvia bajaron sobre las ondas y ocultaron á su vista la agitada mar. El desgraciado se dejó caer al pié de un sauce, y allí pasó la noche presa de la mas horrible desesperacion.

La madre y los demás hijos esperaban en la mas viva inquietud. Al ver aquella súbita tempestad, aquellos torrentes de lluvia y la tempestuosa noche que no permitia distinguir la isla Verde, la pobre madre tembló y palideció de espanto.

— ¡Hijos míos, exclamó: pedid á Dios, invocad á la Santísima Virgen para que proteja á los pobres marineros! ¡con tal que esta horrorosa tempestad no haya sorprendido á vuestro padre y á vuestro hermano en la mar! ¡oh! ¡qué terrible desgracia!

Todos se arrodillaron, y oraron largo tiempo con fervor. Cuando pasada la tormenta, volvió á descubrirse la isla Verde, permanecieron á la ventana fijos los ojos en el mar y tratando de descubrir la barca. Nada veian. La afligida madre pasó la noche en las lágrimas y la oracion.

Al amanecer del siguiente dia, el cielo era puro: ni una nube lo surcaba. La madre se puso de nuevo á la ventana, y no apartó sus miradas un solo instante de la isla Verde. Dieron las doce; su inquietud, que aumentaba por momentos, llegó á su colmo; corrió á casa del pescador Tomás, y llorando le comunicó sus temores. Tomás participó de ellos.

— Esta tardanza me inquieta, dijo moviendo la cabeza. Voy yo mismo á la isla Verde, y sabré qué los tiene tanto tiempo.

Entró en su barca, y se dirigió al remo hácia la isla.

La madre y los hijos esperaban con angustiosa impaciencia su regreso. La barca apareció al fin.

— ¡Dios sea bendito! exclamó la pobre mujer; Tomás no viene solo: no hay cuidado.

Y en el colmo de su alegría corrió con sus hijos á la playa.

— ¿Dónde está mi hijo? gritó, cuando mas cercana ya la barca á la orilla no vió en ella á Teodoro.

El padre palideció, dirigióla una angustiosa mirada y nada respondió.

— Ha ocurrido una desgracia, le dijo el vecino Tomás; el niño no existe: ha perecido en el mar. Dios que lo ha querido sabia bien cuán amarga nos seria esta pérdida, y sin embargo lo ha querido así. Ese pobre niño, continuó enjugándose una lágrima, era tambien mi hijo por mi corazon, y Dios me lo ha quitado tambien; que su voluntad se cumpla, es mas sabio que nosotros. Resignémonos. Teodoro es ahora feliz; porque, no obstante sus defectos, tenia un alma piadosa

y un corazon bueno: si Dios nos lo ha quitado es para llevarlo á su Paraiso, donde es mas dichoso que nosotros lo somos en la tierra.

La madre, sin embargo, no podia consolarse de esta pérdida; su dolor era inexplicable. Los niños lloraban y exhalaban profundos gemidos; ya no se acordaban de los defectos de Teodoro, y solo pensaban en sus buenas cualidades. El padre, abatido por su dolor, no podia calmar el de su familia, pues tenia, tanto como ella, necesidad de consuelos. El tiempo, sin embargo, dulcificó un tanto sus dolores.

— Era la voluntad de Dios, decian; Dios nos lo ha quitado para llevarlo á su lado; consolémonos: un dia volveremos á ver en el cielo á nuestro querido Teodoro.

III.

LA ISLA DE LAS ROCAS.

Sin embargo, aquel á quien padres, hermanos y hermanas, lloraban por muerto, vivia aun: verdad es que su vida desde el momento en que la mar lo arrebató no era mas que una larga agonía. A cada instante creia ver sumergirse la barquilla en las olas que se alzaban sobre su cabeza. En tan triste situacion, sus manos estaban continuamente tendidas hácia el cielo, pidiendo á Dios gracia y misericordia. Por fin la tempestad lo arrojó contra una isla erizada de rocas. Al momento que conoció que la barca habia tocado en la arena, saltó de ella mojado de piés á cabeza por la lluvia y las oleadas, y trepó á lo alto de la roca mas próxima. Vuelto en sí de sus mortales angustias, dirigió una mirada á aquel tempestuoso mar y á la roca en que se hallaba: lágrimas abundantes brotaron de sus ojos, se arrodilló, y levantando sus manos hácia el cielo:

— Señor, exclamó; Vos, á quien obedecen mar y vientos, habeis atendido á los ruegos que os dirigia en los peligros que he corrido y me habeis salvado. ¡Bendito seas, mi Dios! ¡bendito para siempre!

Buscó entonces con los ojos su barquilla que la violencia de las olas habia impelido entre dos rocas.

— ¡Oh Providencia! exclamó el niño; el marinero mas hábil no habria sabido aprovecharse tan bien de la abertura de estas dos rocas para poner la barca en salvo. Los vientos y las olas ¿tienen acaso inteligencia para impulsarme al único paraje en que era posible la salvacion? Un poco mas hácia uno ú otro lado, la barca se habria estrellado contra las rocas, y perecido yo en este abismo. ¡A Vos, Dios mio, á vuestra Providencia adorable debo mi salvacion, y por ello os daré gracias toda mi vida!

La tempestad se calmaba poco á poco: el sol poniente, rompiendo al fin el espeso velo de las nubes, brillaba como un disco de fuego sobre el horizonte; el viento era puro, la atmósfera limpia y trasparente. Teodoro miró hácia aquella vasta mar en direccion de la isla Verde, y solo despues de buscar un largo rato la descubrió, pero á tal distancia, que esta isla con sus grandes árboles y sus masas de verdura solo le parecia un monton de musgo que hubiese podido guardar en su sombrero de paja. En cuanto á la tierra firme, la veia mas lejos aun, al horizonte, en ese límite vago en que el cielo y la mar se confunden. Las montañas mas altas parecian una nube á flor de tierra, de un color azul oscuro tachonado de oro por los reflejos del sol. Pero no podia apercibir la cabaña de su padre, la colina sobre que estaba edificada, ni los árboles que la rodeaban.

— Héme aquí, Dios mio, prorumpió Teodoro llorando; héme aquí separado de mis padres, de mis hermanos, por esta vasta extension de agua. Desde esta tierra no es posible distinguir estas rocas en que me encuentro: yo al menos, no recuerdo haber visto nunca ni haber oido hablar de ellas. Por el contrario: se decia que en esta direccion no habia tierra alguna sino á cincuenta leguas de distancia. Mis padres creerán sin duda que he perecido en medio de las olas; no tendrán jamás la idea de venirme á buscar aquí, y será menester que yo me arriesgue á atravesar la mar en mi barquilla.

Las olas se habian calmado por completo; la mar, perfectamente tranquila, presentaba una superficie verdosa y llana como la de un espejo. Las aguas al retirarse habian dejado en seco la barca. Teodoro bajó de su roca y se dirigió á ella; pero ¡cuál fué su dolor cuando vió que las tablas del fondo estaban separadas y rotas! casi todas las nueces habian rodado por la arena. Los costados del esquife habian quedado tan maltratados por la violencia del choque, que se caian á pedazos.

— ¡Dios mio! esta barca no puede servir ya: los remos se han perdido. Héme pues en esta isla horrible por toda mi vida: ya no volveré á ver ni á mi padre, ni á mi madre, ni á mis hermanos.

Pálido, consternado, torciéndose los brazos, permaneció algun tiempo en la barca; luego, hirió su vista un vivísimo resplandor. Teodoro alzó los ojos: era un bello arco-iris, que, formando sobre las opacas nubes que cubrian aun una parte del horizonte, reflejaba sobre las ondas sus siete brillantes colores.

— Señor, exclamó el niño, arrebatado por aquel admirable espectáculo; cuando sois tan admirable en vuestras obras, ¡cómo pueden temer y afligirse los hombres! este arco-iris será para mí la prenda de vuestra misericordia como lo fué en otro tiempo para Noé. Así

como tras la lluvia nos enviáis el sol, y tras el relámpago y el trueno vuestro hermoso arco de paz, así al sufrimiento habeis sucedido la dicha; los dias prósperos á la adversidad: cualesquiera que sean hoy mis infortunios y mis penas, Vos las cambiareis en gozo. Me habeis salvado de la muerte, y esta es una razon para que espere aun mas de vuestra bondad.

Su primer cuidado fué poner en salvo los medios de existencia que habian quedado en la barca: recogió las nueces esparcidas sobre la arena, las puso en un canasto, y colocó este en la abertura de la roca. Las vasijas de leche se habian roto unas contra otras durante la tempestad, y solo quedaba un cántaro de barro, la marmita y la cazuela; los llevó al mismo sitio, y tambien los demás utensilios que habian quedado en la barca: una segur grande y otra chica, el capote de su padre, la chaqueta suya y algunos otros objetos.

— ¡Qué felicidad, decia, que haya habido todo esto dentro de la barca cuando las olas me separaron en la orilla! mi papá no las necesita; ya no estará en la isla Verde, pues mi padrino habrá venido á recogerlo. Pero yo estoy privado de todo socorro humano, y si no muero, deberé la vida, despues de Dios, á todas estas cosas.

Se puso á arrancar, con cuidado y una á una, las tablas de la barca, pensando, y con razon, que tarde ó temprano tendria necesidad de ellas; y temiendo que la marea se las llevase, trabajó con ardor antes de que entrase la noche merced á la luz de la luna.

El cansancio, los terrores, las angustias de aquel terrible dia, habian agotado sus fuerzas; no sin inquietud se preparaba á pasar la noche al aire libre, en medio de aquella soledad desconocida; el pensamiento del porvenir lo afectaba no menos, pero se dijo á sí mismo:

— Dios ha cuidado de mí hasta este momento, y no debo desconfiar de su misericordia para en adelante. Su mismo hijo ha dicho á los hombres: «No os inquieteis del dia de mañana.»

Hizo su oracion de la noche, se envolvió en el capote de su padre, y se durmió rogando á la Virgen y á los santos velasen por él durante su sueño.

IV.

UNA EXCURSION EN LA ISLA.

Teodoro, muerto de cansancio como estaba, no se apercibió de la dureza de su lecho, y halló sobre las rocas un descanso que no se encuentra siempre sobre los mullidos colchones de pluma. Es verdad que tuvo sueños espantosos: la detonacion del rayo, el mugido de las olas resonaban de continuo en sus oidos; se creia aun dentro de la barca combatida por las aguas agitadas, parecia que su esquife se sumergia en un abismo sin fondo ó que se estrellaba con estrépito contra las rocas, y que él, arrojado al mar por la fuerte sacudida, se salvaba trabajosamente á nado, y llegando difícilmente á tierra, se salvaba trepando á una roca escarpada. Estas tristes imágenes turbaron su reposo una parte de la noche; pero al amanecer sucedióse un sueño mas apacible; soñó que regresaba á la casa paterna: sus padres, sus hermanos y sus hermanas estaban reunidos en el jardin, cuyos árboles cubiertos de verdura y cargados de hermosas frutas, jamás le habian parecido tan bellos.

Su padre habia subido á un manzano, sacudia sus ramas, y las frutas, cayendo sobre el césped, brillaban como globos de fuego; la madre y los hermanos las recogian en lindos cestillos, y luego, viendo á Teodoro corrian á él dando gritos de alegría. El padre bajaba del árbol y le tendia la mano con una viva ternura; la madre despues de haberle estrechado contra su pecho, le presentaba las mas hermosas manzanas que habia en su cestillo.

Pero en el momento en que alargaba la mano para tomar una de aquellas hermosas frutas, el grito penetrante de un ave acuática lo despertó: de aquellas aves que desde la aurora revolotean en torno de las rocas escarpadas. Cuando al abrir sus ojos vió las altas y desnudas crestas que amenazaban su cabeza; cuando dirigió sus miradas sobre el anchuroso mar sin descubrir mas que agua y cielo, un calofrio recorrió su cuerpo y lágrimas amargas rodaron por sus mejillas.

Viendo que una bandada de aquellos pájaros tendia el vuelo hácia tierra dando graznidos de alegría:

— ¡Que no pudiera yo encargarnos de un mensaje para mis padres! exclamó; iriais, queridas aves, á visitarlos de mi parte; les diriais que vivo aun, pero que la mar que me rodea no me permite volver al lado de ellos; ¡Ah! ¡si pudiérais llevarles esta nueva, mi padre y mi padrino arrostrarian todos los peligros por correr en mi busca!

Bien pronto reanimó su valor, hizo su oracion de la mañana y almorzó. Luego decidió hacer una excursion en la isla.

— Acaso, decia, hallaré algunas frutas con que alimentarme, algun abrigo á que retirarme hasta que Dios me conceda la gracia de volver á tierra firme. Posible es tambien que encuentre algunos hombres compasivos que me conduzcan á mi pais.

Llenó de nueces sus bolsillos, tomó un pedazo de pan, y cortando con la segur á una longitud conveniente la rama mas gruesa de sauce de las que sacó de la barca, emprendió su viaje de descubrimiento. Aquella excursion tenia sus dificultades y sus peligros, y cuanto

mas internaba en la isla, mas rudas y escarpadas eran las rocas. Sentíase desfallecer á veces á la vista de los picos que era necesario subir, y de los precipicios á que debía descender; en ocasiones, creyóse rodando ya al fondo de un abismo, y fuéle preciso retroceder en su camino; con sobrada frecuencia, veíase atacado de un vértigo, y no atreviéndose á mirar ni adelante ni atrás, permanecía inmóvil y con los ojos cerrados largo tiempo en el mismo sitio.

Pero no descubria el menor vestigio de ser humano, la menor huella de animal indómito; en vano buscaba frutas, ni árboles, ni aun arbustos: la única vegetacion que se ofrecia á sus ojos era el musgo que cubria las rocas, y algunos abetos enfermizos que envejecian sin crecer en aquel terreno ingrato y pedregoso. Aquel triste espectáculo llenó su alma de desesperacion.

— ¡Dios mio! prorumpió, alzando al cielo sus ojos bañados de lágrimas; si permanezco algunos dias en esta horrible soledad, debo esperar morirme de hambre.

(Se continuará.)

A. Prumier,

PROFESOR DEL CONSERVATORIO DE PARIS.

El 20 de enero último un doloroso acontecimiento conmovió al Conservatorio: los profesores acababan de reunirse, como de costumbre, para celebrar la sesion del comité de los estudios, cuando uno de ellos cayó súbitamente en medio de sus compañeros. Apresuráronse á levantarle y á socorrerle, pero todos los esfuer-



A. Prumier, profesor del Conservatorio de Paris.

zos fueron inútiles, pues el desventurado acababa de sucumbir á la ruptura de un aneurisma.

El profesor del Conservatorio que habia fallecido tan tristemente, era M. Antonio Prumier, profesor de arpa desde el año 1835. M. Prumier era un artista de los mas distinguidos. Nacido en Paris en 1794, habia recibido

de su madre, desde su primera infancia, lecciones de arpa, y esta enseñanza de la edad infantil decidió su vocacion. El brillo con que hizo sus estudios en el liceo Bonaparte y su recepcion en la Escuela politécnica, no pudieron apartarle de la música y del instrumento que habia elegido. Despues de haber formado parte sucesivamente de las orquestas del Teatro Italiano y de la Opera Cómica, llegó, gracias á su talento, á ser nombrado profesor del Conservatorio.

M. Prumier estaba condecorado con la cruz de la Legion de Honor, y era vicepresidente en la Asociacion de los artistas músicos. Su muerte ha producido en el mundo musical un sentimiento unánime.

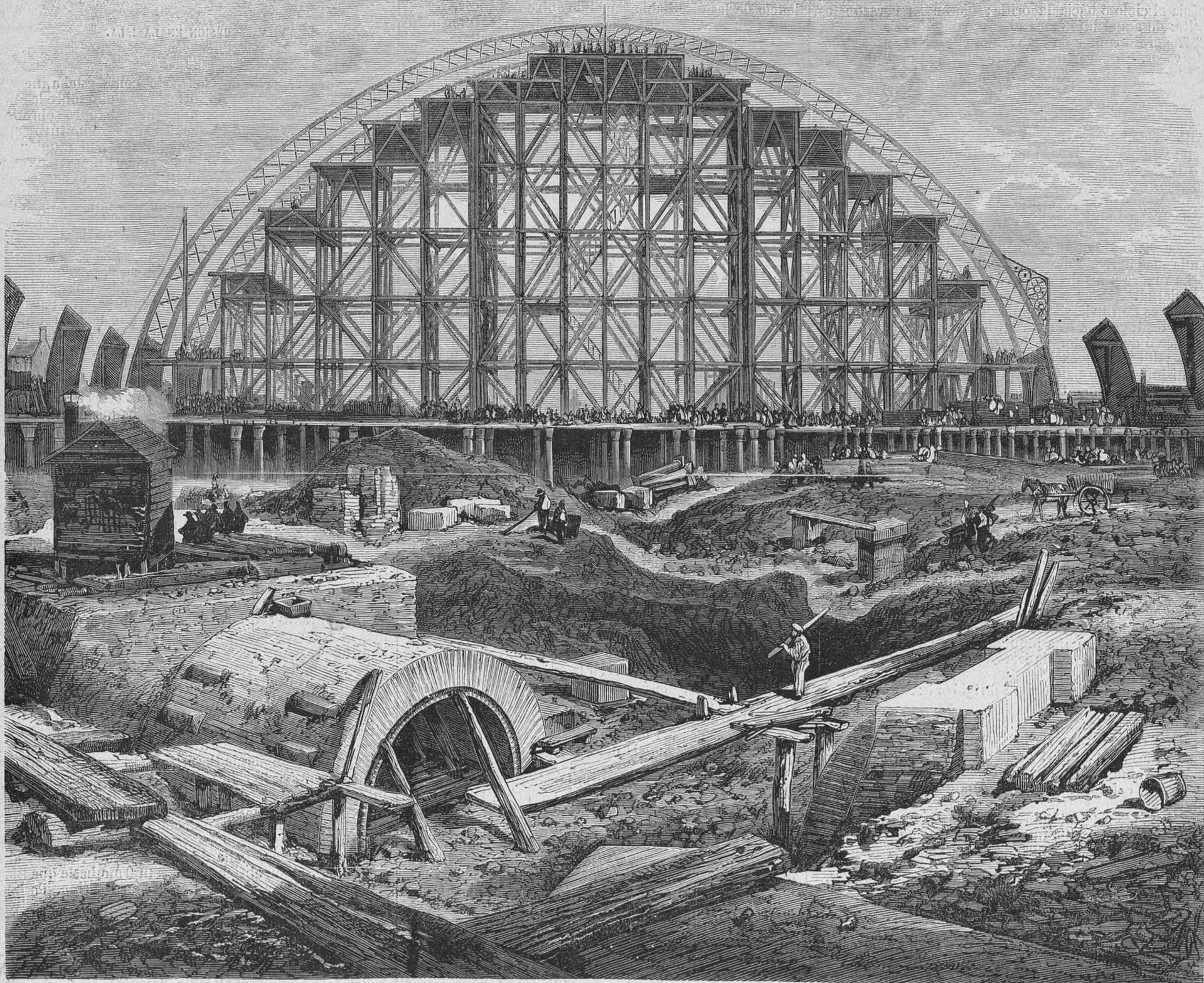
H. V.

La estacion del Midland-Railway

EN LÓNDRES.

La inmensa construccion cuyo aspecto reproduce nuestro grabado, será probablemente en su género una de las mas grandiosas que habrá en el mundo. Situada en el centro de Lóndres, servirá de embarcadero al Midland-Railway, una de las líneas mas importantes de la red inglesa. Grandes son los obstáculos que halla siempre una construccion semejante en medio de una ciudad populosa, y el mas grave de todos consistia en tener que atravesar el ferro-carril metropolitano, para lo cual ha sido preciso hacer el tunel que se distingue en el primer término de nuestro dibujo.

Hé aquí algunas cifras que podrán dar idea de las colosales proporciones del edificio: la nave que servirá de



INGLATERRA. — Aspecto de las obras de la estacion del Midland-Railway, en Lóndres.



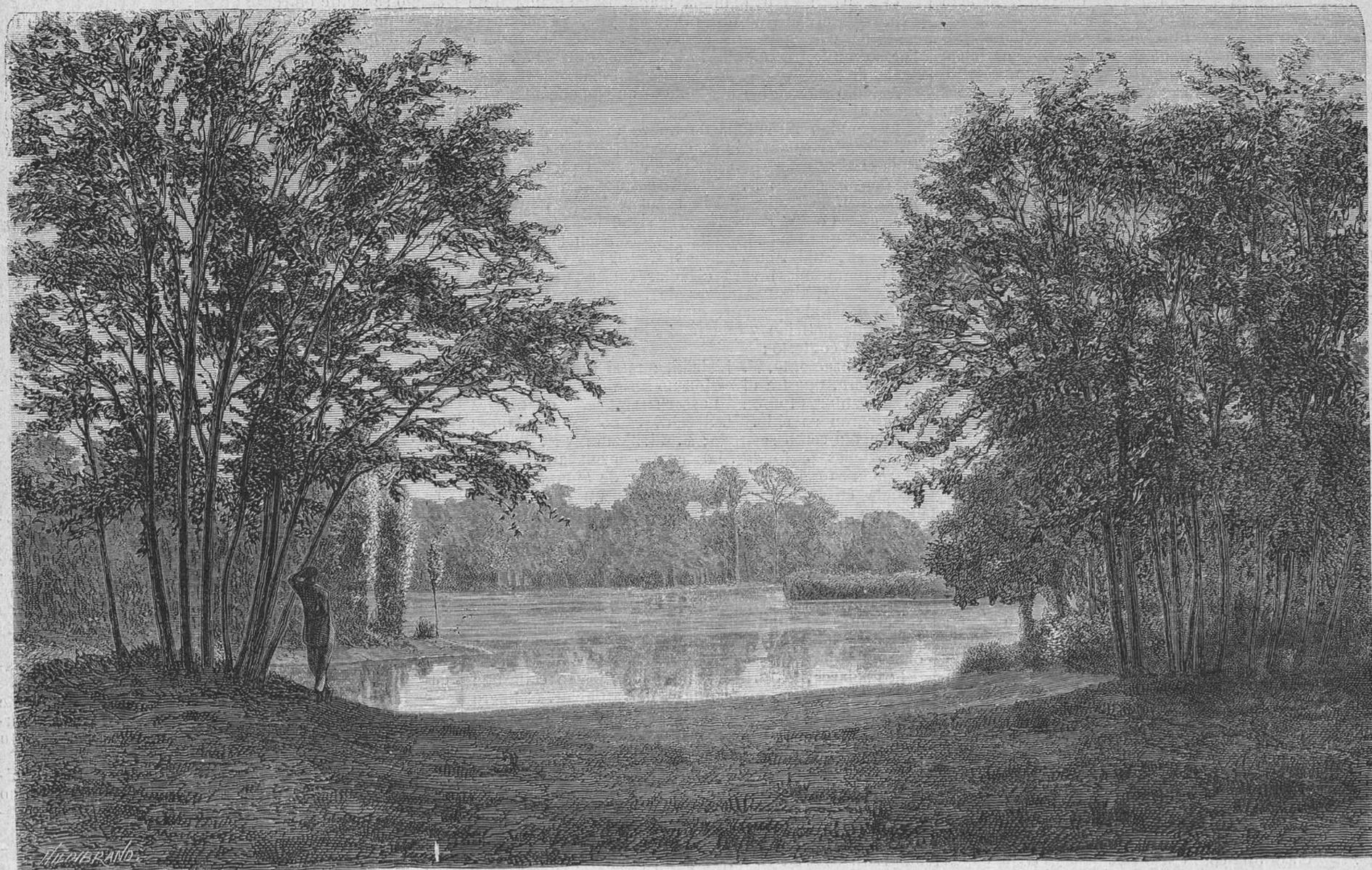
Los paseos de Paris. — La cascada grande del bosque de Boulogne.

embarcadero cubierto mide 72 metros de ancha en su base, con una altura de 31 metros desde el nivel de los rails hasta lo alto de la techumbre. La construcción cubrirá un espacio total de 40,000 metros cuadrados, y

para lograr este espacio, ha sido preciso destruir la mitad del barrio de Somers-Town. Como la mayor parte de las grandes estaciones inglesas, esta tendrá al lado un hotel en el que entrarán los viajeros sin salir, digá-

moslo así, del edificio. Las obras se llevan con la mayor actividad, y es de esperar que se hallarán enteramente concluidas para fines de año.

R. L.



La charca de San James en el bosque de Boulogne.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

— ¡Oh, es bien triste sujetar todas las cosas del mundo á un simple cálculo de dinero! contestó Sabina. Lo que uno adquiere, lo que posee, pierde así todo lo que constituye un encanto. Si matais la imaginación y los risueños colores con que la misma engalana hasta las cosas mas inanimadas ¿qué viene á ser la vida del hombre? Nada mas que un goce que nos aturde, ó bien el egoísmo, al que se acaba por sacrificarlo todo. ¿De qué sirven en este caso, la fidelidad, el afecto, el trabajo y la alegría que todo esto nos proporciona? Todo es puramente tiempo perdido. El que niega así la poesía de la vida será capaz sin duda de hacer cosas muy grandes, pero no tendrá goce ninguno que haga agradable la existencia, ni tampoco la hará agradable á los demás.

Junto involuntariamente las manos y dirigió una mirada llena de tristeza á Fink, cuya fisonomía tomó una expresión dura y altiva.

Los demás dependientes habian escuchado hasta aquí esta conversación guardando un sombrío silencio, y se habian limitado á manifestar con el ademán el horror que les inspiraba el lenguaje de Fink; viendo levantarse siempre sobre la mesa, al lado de la silla de este, el espectro del pájaro asesinado; el Macbeth del escritorio era á sus ojos hombre perdido.

Para apaciguar los agitados espíritus de la reunión, Antonio tomó la palabra en estos términos:

— Ante todas cosas, no puedo menos de hacer observar que Fink mismo nos presenta el mas brillante ejemplo contra su propia teoría.

— ¿Cómo es eso, caballero? preguntó Fink mirando á Antonio al soslayo.

— Este hecho no tardaré en demostrarlo hasta la evidencia; pero antes es necesario que yo empiece por elogiar á todos. Cuantos nos encontramos aquí reunidos, trabajamos para una casa que no es la nuestra, y cada cual trabaja en el buen sentido alemán que acabas de condenar. Nadie forma este cálculo: «La razón social me da tantos ó cuantos escudos, por consecuencia para mí tiene tal ó cual valor.» El beneficio producido por el trabajo al que contribuimos nos causa placer á todos y nos llena de orgullo, y cuando la casa sufre una pérdida, nos afligimos por esto tal vez mas que nuestro principal. Cuando Liebold traza sus cifras en el libro mayor, las contempla con satisfacción y se encanta con aquellas hermosas rúbricas; y cuando inscribe las mercancías que han sido ventajosas para la razón social, rie á solas de placer como lo hace en este momento.

A este apóstrofe disparado á boca de jarro, Liebold embarazado, estiró el cuello de la camisa.

— Mirad en seguida á nuestro compañero Baumann, que como todos sabeis, tiene una cierta inclinación á otro estado. No hace mucho tiempo que me presentó una relación de los horrores cometidos por los paganos de la costa de Africa, y me dijo con profunda emoción: «La cosa urge, Wohlfart, es necesario que yo parta. — Pero ¿quién se encargará de los cálculos, pregunté yo, y cómo queda el negociado de la rubia, del cual vos y Balbus habeis hecho, por decirlo así, vuestra especialidad, qué digo, vuestra propiedad, con exclusión de los demás? — ¡Ah! teneis razón, contestó Baumann, habia olvidado la rubia. Es necesario pues que aguardé.»

Los otros dependientes miraron sonriendo á Baumann, que dijo aparte por lo bajo:

— Con todo me he equivocado.

— En cuanto al tirano Pix, no diré una palabra, porque hay muchos momentos en que él mismo duda si la casa de comercio es suya ó de M. Schröeter.

Todos se echaron á reir.

M. Pix colocó la mano en su chaleco con actitud napoleónica.

— Eres un abogado bien pérfido, dijo Fink, pues pones en juego el interés personal.

— Tú hubieras hecho otro tanto, contestó Antonio. Ahora voy á hablar de tí. Hace cerca de seis meses que ese americano á quien conoces muy bien, fué á encontrar á M. Schröeter y le dijo: «Deseo no trabajar ya mas como aficionado, y ocupar un destino en el escritorio. — Y por qué? preguntó M. Schröeter. Naturalmente, M. Fink no tenía otra intención que obtener de la razón social el señalamiento de un sueldo de algunos escudos.»

Se sonrieron de nuevo y los ojos de todos se fijaron en Fink, pero las miradas no indicaban ninguna hostilidad, antes por el contrario manifestaban un sentimiento de respeto y admiración, porque todos sabian que Fink habia dicho:

— Deseo tomar una parte proporcionada en el trabajo y la responsabilidad inherente á un destino fijo. La parte de trabajo que me está confiada me causa placer.

— Y, continuó Antonio, el que ha visto la satisfacción interior de Fink cuando arregla algun negocio con Schmeie Tinkels, este sabe tambien cuánto participa de ese débil carácter alemán nuestro orgulloso americano. Hay en él una cosa tan placentera y original que causa el encanto del escritorio con sus chistosas ocu-

rencias; y lo mas chusco en todo esto es que el mismo Tinkels está enamorado de su verdugo.

— Porque le gusta que le maltraten, repuso Fink.

— No, no es por eso. Es que reconoce en el fondo de las palabras acerbas la misma dulce benevolencia que otro usa para acariciar á un perro de aguas ó á sus pájaros. Cuando alguna especulación de nuestro principal tiene un buen resultado, nadie está mas contento que Fink. Ultimamente, cuando se presentaba mal el negocio de los zincs, y M. Schröeter, á pesar de la tácita opinión de todo el escritorio, incluso Fink, vendió á tiempo en Hamburgo, preservando á su casa de una pérdida de algunos millares de escudos, el mismo Fink se entregó á una alegría mayor que la nuestra, y nos obligó á M. Jordan y á mí á que le acompañáramos por la noche al café de Feroni.

— Tú estás loco; lo que yo queria era no estar solo.

— No hay ninguna duda. Y por eso el primer vaso lo bebiste á la salud de la casa, proclamando entonces que era una razón social gloriosa.

Fink bajó la vista. Sabina dirigió sus chispeantes ojos á Antonio. Los otros dependientes se sonrieron satisfechos y desapareció todo vestigio de incomodidad.

— Y, continuó Antonio victorioso, en otras circunstancias ha tenido la debilidad de dar pruebas de esa sensibilidad (no *sentimentalismo* como dice mi amigo Fink) que vitupera hoy con tanta vehemencia. Su caballo ya sabemos todos que le merece un cariño especial, y que no le representa otra cosa que una masa de carne y la suma de quinientos dollars; pues bien, cuida al caballo como si fuera su amigo.

— Eso es por mero pasatiempo.

— Lo comprendo, dijo Antonio. Pues bien, las servilletas sirven tambien de distracción á nuestras amas de casa. ¡Y sus alas de condor, sus pistolas, sus látigos y su botella de ron! Encuentra en todo esto el mismo placer que el emigrado alemán en su jaula vieja. Sí, llega á tener manías y caprichos mas extraños que los nuestros. Para acabar de una vez, en el fondo, á despecho de sus paradojas, es un alemán tan sensible como otro cualquiera.

Sabina sacudia suavemente la cabeza, pero al mismo tiempo miraba al americano con benevolencia.

La fisonomía de Fink tambien habia cambiado. Estaba serio y se pintaba en sus nobles rasgos algo que en otro se hubiera calificado de emoción.

— ¡Bah! dijo finalmente, por una y otra parte, la señorita Sabina y yo hemos ido demasiado lejos.

Y señalando con el dedo el pobre gorrion víctima de su vivacidad, añadió:

— Ante este primer hecho, arrio el pabellon, y confieso que quisiera que ese señorito viviera todavía, y que, gracias á las cerezas y á las tortas de la casa de Schröeter, hubiera podido llegar á la mas avanzada ancianidad. Así pues, señorita, ¿puedo esperar que desaparezca vuestro enojo?

Sabina hizo un gracioso movimiento de cabeza y le contestó:

— Sí.

— Y tú, Antonio, dame la mano. Has defendido mi causa con ardor ante un jurado alemán, y con tu talento has conseguido mi absolucion. Toma la pluma y borra de nuestro calendario la última quincena. Ya me entiendes.

Antonio estrechó la mano de su amigo, echándole un brazo al rededor del cuello.

La reunión disfrutaba de nuevo muy buen humor. M. Schröeter se acercó, se encendieron los cigarros y cada cual se esforzó en contribuir por su parte á la alegría de los demás. M. Liebold se levantó y pidió permiso á M. Schröeter y á la señorita Sabina, toda vez que esto no les contrariase, y si no tenían dispuesta otra cosa que les causase mayor diversion (porque, en este caso, suplicaba que se tuvieran sus palabras por no pronunciadas) para ejecutar con algunos de sus compañeros, algunas piezas de canto á cuatro voces. Como hacia algunos años que regularmente formulaba la misma petición y que todo el mundo lo esperaba, Sabina le contestó:

— Seguramente, M. Liebold, que si ese cuarteto no se cantara, nuestra diversion no seria completa.

Los cantores fueron á buscar sus papeles de música y ocuparon su sitio. M. Specht, como primer tenor; M. Liebold como segundo; M. Birnbaum y M. Ballus, como bajos profundos. Los cuatro formaban la parte filarmónica del escritorio, y á pesar de alguna discordancia en la ejecución, constituian un cuerpo bien unido entre sí y contra los demás. M. Specht cantaba demasiado alto, y M. Liebold un poco demasiado bajo, pero el público era indulgente y la soirée magnífica.

Las grandes hojas del nogal brillaban á la rojiza luz del cielo, los grillos cantaban y los pequeños huéspedes de los árboles arrullaban; la misma naturaleza unia sus acentos á los del concierto, hasta que la armonía de las voces sobrepujó á todos los demás ruidos que se oian en el jardín.

Los pájaros, los grillos y los mosquitos se callaron; pero cuantas veces los cantores descansaban, el ligero murmullo de la naturaleza se oia de nuevo, formando al parecer el recitativo del canto. Todos escucharon con placer.

— Os damos las mas expresivas gracias, dijo Sabina cuando cesaron, y aplaudió batiendo las palmas.

— Es una cosa graciosa, dijo Fink, que un cierto encadenamiento de sonidos llegue á conmover nuestras almas y arranque lágrimas hasta á los hombres que ordinariamente son extraños á estas dulces emociones. Cada pueblo tiene melodías sencillas y conmovedoras,

con las cuales se reconocen los compatriotas por la impresión que el aire nacional ejerce sobre ellos. Si los emigrantes de quien hablábamos hace poco, lo pierden todo, hasta el amor á su patria y la habitud de hablar la lengua nativa, conservan mucho mas tiempo el recuerdo de las melodías que oyeron en el hogar paterno, y mas de un fatuo, que fuera de su país está orgulloso de ser un extranjero naturalizado, se siente de pronto inclinado á ser de nuevo alemán cuando oye cantar algunos aires que le recuerdan su infancia.

M. Schröeter dijo:

— Teneis razón. El que abandona su país, raramente tiene la conciencia de todo lo que abandona y no se apercibe de ello frecuentemente hasta el momento en que el recuerdo del suelo natal viene á causar el encanto del otoño de la vida. Este recuerdo, hasta el hombre corrompido que lo profana y que se burla de él, es siempre un sentimiento sagrado que, al volver al camino de la virtud, hace latir su corazón.

— Aunque deba avergonzarme confieso, dijo Fink, que experimento poco ese placer. Yo no sé á punto fijo cuál es mi patria. Si cuento los años que llevo de existencia, es cierto que he pasado la mayor parte de mi vida en Alemania, pero donde he sentido las sensaciones mas fuertes ha sido en el extranjero, y allí he recibido las impresiones mas duraderas. Siempre me he pensado establecerme en un país, la suerte me ha arrancado de él, y en el día me encuentro algunas veces como extraño en Alemania y casi no entiendo los dialectos de las diferentes provincias. Por Navidad, he recibido siempre mas regalos de los que podia esperar, y apenas me ha conmovido el encanto de los árboles de año nuevo. En cuanto á las canciones populares que ensalzais, hay pocas que agraden á mi oido. Yo no sé tampoco todavía á punto fijo en qué época del año se comen carpas, tortas con simiente de adormidera, y confieso que no sé qué atractivo puede encontrarse en derretir plomo y en ocultar los pantuflos. Independientemente de estas bagatelas, añadió, hay muchas cosas en las que reconozco, bajo el punto de vista alemán, toda mi pobreza de comprensión, toda mi insuficiencia, convenciéndome hasta la saciedad que estoy obligado á reclamar la indulgencia de mis amigos mas de lo que debiera. A vuestra casa debo, dijo inclinándose ante M. Schröeter, la dicha de haber aprendido á conocer la nobleza del carácter alemán bajo sus diferentes fases.

Esta era una confesión franca y enérgica, habiéndola pronunciado con una emoción que raramente penetraba en él.

Sabina se sentia ahora dichosa, el gorrioncillo habia sido olvidado; tambien, dando expansion á sus sentimientos, exclamó:

— Señor Fink, esas palabras os enaltecen.

El criado se presentó á anunciar que la cena, que se habia dispuesto fuese servida en el salon del pabellon, estaba pronta. M. Schröeter se sentó en el centro. Sabina se sonrió cuando Fink se sentó á su lado.

— Colocaos enfrente, señor Liebold, exclamó el comerciante. Es preciso que un hombre que me es tan adicto se siente enfrente de mí. Hoy hace veinte y cinco años que los dos entablamos nuestras relaciones. Es necesario que tengais entendido, dijo dirigiéndose á los mas jóvenes, que M. Liebold hacia pocas semanas que habia entrado en la casa, cuando mi padre me puso al frente de los negocios, y si debo estar reconocido á todos los dependientes, á vos, querido Liebold, con mucho mayor motivo. Ya hace veinte y cinco años que vivimos bajo un mismo techo, y diez que, encargado del libro mayor, sois para mí un auxiliar tan fiel como exacto.

Y levantando su vaso, añadió:

— Vamos, mi viejo amigo, brindemos. En tanto que nuestras sillas, separadas únicamente por un débil tabique, estén colocadas una al lado de otra, reinará siempre entre los dos una confianza absoluta, aunque poco demostrativa.

M. Liebold habia escuchado en pié esta alocucion, y permanecia levantado. Se veia que deseaba pronunciar un brindis, pero no pudo proferir una palabra. Teniendo el vaso levantado, miró á su principal, sus labios se movieron imperceptiblemente y al fin se sentó sin haber roto el silencio. Pero en defecto suyo, y con sorpresa de todos, Fink se levantó y dijo con acento firme y voz conmovida:

— Bebamos á la prosperidad de una casa alemana donde el trabajo causa placer, y en la cual el honor ha establecido su morada. ¡Viva nuestro escritorio y nuestro principal!

A este brindis siguió una nutrida aclamacion de todos los dependientes. Sabina hizo chocar su vaso con los de todos los concurrentes, y M. Schröeter se mostró con Fink amable hasta el extremo. El resto de la velada se pasó con imperturbable alegría. Los cuatro músicos cantaron todavía algunas alegres canciones y eran ya mas de las diez cuando la comitiva regresaba á la ciudad.

Al llegar á la puerta de la parte del edificio destinada para los dependientes, Fink dijo á Antonio:

— Hoy, hijo mio, no pasarás de ese modo por delante de mi cuarto. Estos dias me he aburrido muy regularmente por haberme visto privado tanto tiempo de tu compañía.

Y los dos amigos reconciliados permanecieron reunidos hasta hora muy avanzada de la noche sentados uno al lado del otro, manifestándose mutuamente el contento que les causaba su reconciliacion.

Cuando Sabina entró en su cuarto, la doncella le entregó un billete escrito por una mano desconocida. Un fuerte olor de almilcle y el mal carácter de letra indi-

caban que aquel billete habia sido escrito por una mujer.

— ¿Quién ha traído esta carta? preguntó Sabina.

— Un desconocido, contestó la doncella. No ha querido decir su nombre y ha añadido que esta carta no pedia contestacion.

Sabina leyó:

«Señorita, no os apresureis á cantar victoria. Con vuestra coquetería habeis sabido atraeros un amante acostumbrado á seducir y olvidar, y á tratar de un modo impertinente á las que tienen la desgracia de dar crédito á sus palabras. No hace mucho tiempo que dirigia protestas de amor á otra; hoy ha conseguido fascinarnos: podeis estar bien segura que hábil en el arte de fingir, no tardará en haceros traicion.»

Este billete, que no tenia firma, era de Rosalía.

Sabina adivinó en seguida su procedencia. Lo acercó á la bugía y arrojó el papel ardiendo á la chimenea. Miró en silencio, como se extinguía la llama, y luego disminuirse poco á poco hasta su completa extincion, y como una línea luminosa corria por la superficie carbonizada. Pero esta tambien desapareció, no quedando de todo ello mas que un poco de ceniza. Permaneció largo rato con la cabeza apoyada en el jambal de la chimenea, la mirada fija sobre aquella ceniza, sin derramar una lágrima, sin proferir un sonido y con la mano sobre su oprimido corazon.

VIII.

Veitel se veia poseído de la mayor agitacion. El siempre frio y sobrio, pareciase ahora, en sus ratos de ocio, á un hombre embriagado. Hablaba apasionadamente consigo mismo; sus labios chocaban entre sí y un rojo febril coloraba sus mejillas. En la calle se le conocia de lejos por sus extraños movimientos de brazos y piernas.

La tranquilidad del descanso era una cosa que conocia solo de nombre, y todo esto procedia de que una usufructuaria viuda de un consejero privado, habia perdido su querido perro. En una apacible mañana de primavera, aquel can gordo y rollizo, seducido por lo agradable del sol ó engolosinado por el olor que habia esparcido en derredor suyo un jóven carnicero, habia bajado penosamente los escalones desde el segundo piso á la calle.

Una vez en ella, desapareció sin saberse su paradero. ¿Se habia ahogado? ¿Le habian robado, ó bien habia sido muerto por algun vagabundo? Su suerte buena ó mala era un misterio. Se habia tenido cuidado de publicar las señas del fugitivo en todos los periódicos, y nadie conducia al ingrato al afortunado recinto en que habia reinado largo tiempo como dueño absoluto.

La viuda, triste é inconsolable por esta pérdida fatal, habia caído gravemente enferma, y Veitel habia tomado una parte tan activa en la afliccion de aquella señora, que poco le faltó para enfermar tambien. Pero desgraciadamente las esperanzas de Veitel no estaban ligadas en manera alguna con la vida de la respetable usufructuaria. Se habia metido en un negocio colosal, emprendido despues de muchas deliberaciones con Hippius, su íntimo consejero.

¿Cuántas veces en el silencio de la noche, habia sacado su cartera del escondrijo y calculado su fortuna! La especulacion era una de las mas bonitas que puede intentar un hombre que profesaba principios tan fijos como Veitel; tal vez era un poco atrevida, pero pura y blanca como el niño de pañales despues que ha sido lavado por su nodriza.

Un pobre diablo, poseedor de un feudo señorial, á fuerza de dilapidar su fortuna y de verlo cercenado por los procuradores, habia sufrido el cruel sinsabor de perder su posesion á consecuencia de una subasta pública. Por esta venta, un deudor de doce mil escudos contraído sobre el castillo, habia llegado á quedar reducido á la nulidad.

No habiendo podido reembolsarse el acreedor con el producto de la venta, habia intentado en vano entablar un recurso contra el deudor en descubierto: este era insolvente, y el tribunal no tenia de qué echar mano. Era, hablando en términos forenses, *frustra excusus*, y gozaba de los beneficios de la miseria, no teniendo nada que temer de sus acreedores. Esta funesta felicidad era para él, despues de muchos años tristes y sombríos, como un pálido reflejo del sol de Groenlandia.

Pero el dueño del deudor miraba tristemente la infortunada escritura que, en aquellas circunstancias, no tenia casi mas valor que el pliego de papel en que estaba escrita. Itzig, que estaba siempre al acecho de los negocios intrincados, tuvo muy pronto conocimiento de este estado de cosas.

Hacia cerca de un año que mantenía relaciones continuas con el ex-propietario del castillo, teniendo la complacencia de comprarle vestidos viejos y raídos, y hasta le prestaba algunas cortas cantidades. Iniciado en casi todos los secretillos de aquella existencia problemática, no tardó en descubrir que su parroquiano procuraba poner á flote su buque que hacia agua por todos lados, captándose la benevolencia de una parienta algo vieja.

Veitel llegó poco á poco á convencerse de que el nombre del sobrino figuraria ventajosamente en el testamento de la noble señora. Gracias á dos fichus de seda y á un par de pendientes de plata sobredorada regalados á la doncella de la usufructuaria, tuvo conocimiento de todo lo que ocurría en su casa. El sobrino leía á la

tia las novedades del dia, los sucesos importantes y las relaciones de robos y asesinatos.

Ella le convidaba á comer cuando podia ofrecerle los manjares que sabia le gustaban mas. Siempre hablaba de casarle, pero nunca lo efectuaba.

Al fin, un dia sombrío habiéndola predispuesto á la melancolía, y habiendo despertado ideas de muerte una lluvia de algunas semanas, hizo llamar á un notario y obligó á su sobrino á que saliera del aposento, el cual, pronto á derramar lágrimas, tenia el pañuelo en la mano. La doncella se creyó en la obligacion de aplicar el oído á la cerradura, y de este modo supo que su ama hacia testamento, instituyendo heredero de la mayor parte de los bienes al sobrino. En cuanto Veitel tuvo conocimiento de tamaño suceso, dió otro paso atrevido, comprando al antiguo acreedor la escritura de hipoteca y la cesion de todos sus derechos por cuatrocientos escudos.

En este intervalo, el perro de que hemos hecho mencion desapareció. La viuda desesperada no pudo soportar el golpe fatal: ocho dias despues habia muerto, y el sobrino entraba en posesion de la herencia. Nuestro especulador aguzó el entendimiento, y no dejó de practicar ninguna diligencia para evitar que su deudor, por una de aquellas trampas que Veitel conocia muy bien, desapareciera, y con él la herencia, y para ello se adhirió como un vampiro al desgraciado heredero.

Apenas empezaba este á entregarse á los primeros sueños dorados de su brillante porvenir, cuando Veitel, como acreedor inexorable, se presentó á recordarle un pasado lúgubre, ahogando en gérmen, con el frio glacial de su demanda, todas las esperanzas del descuidado heredero, que no podia escapar de sus garras.

Veitel tenia á su deudor como cogido con unas tenazas, y con la ley en la mano, obligó al heredero á que capitulara, despues de haber hecho uso de innumerables subterfugios. La mayor parte de la herencia desapareció, y el heredero se libró de las importunidades de Veitel por el precio de ocho mil escudos.

Al fin llegó el venturoso dia. Nuestro novel agente de negocios habia hecho efectivo, mediante la inversion de cuatrocientos escudos, el enorme capital de ocho mil. Teniendo afianzado su tesoro y loco de contento, atravesó las calles, voló á la posada y se refugió en su solitario aposento.

Allí, libre de la horrible violencia que se habia visto obligado á imponerse de aparecer frio é impasible mientras su corazon luchaba entre el temor y la esperanza, asemejándose sus latidos á martillazos, pudo entregarse á los trasportes de su alegría. Reía alto, saltaba y bailaba en su aposento como un niño. En fin, despues que cesaron los primeros efectos de su embriagador contento, preguntó á Hippius, que estaba allí aguardándole hacia ya algunas horas:

— Hippius, ¿qué clase de vino os apetece hoy?

— Es necesario que al vino acompañe otra cosa, contestó Hippius en tono reflexivo. Sin embargo, hace ya mucho tiempo que no he probado el vino de Hungría. Ve á buscar una botella de *tokay* rancio; pero no, aguarda, por ahí fuera está ya bastante oscuro, yo mismo iré.

— ¿Cuánto vale una botella? dijo Veitel.

— Dos escudos, contestó Hippius.

— Es mucho dinero, pero no importa, aquí los teneis.

Metió la mano en el bolsillo del pantalon y sacó una pieza de dos escudos que rodó encima de la mesa.

— Está bien, dijo Hippius haciendo un movimiento de cabeza, cogiendo en seguida la moneda; pero esto solo no me basta, hijo mio, es necesario que me des la parte correspondiente en tus beneficios. Sin embargo, por una consideracion especial, porque nos conocemos de mucho tiempo, y es necesario hacer algo en favor de los amigos, me contentaré con el cinco por ciento del capital que hoy has hecho efectivo.

Veitel se quedó inmóvil, su radiante fisonomía tomó de pronto un aspecto grave, y con la boca abierta miraba al hombrecillo vestido de negro que estaba sentado en el sofá.

— No me hagas objeciones, dijo Hippius friamente, al mismo tiempo que por encima de los anteojos dirigia una maligna mirada á Veitel. No me hables de tus cálculos, ni de tus tráficós, nos conocemos demasiado. Yo te he puesto en camino de poder ganar ese dinero. Tú me necesitas; y ya ves tambien que sé servirme de tí. Entrégame sobre la marcha mis cuatrocientos escudos.

Veitel quiso hablar.

— Ni una palabra, repuso Hippius, pegando con la moneda encima de la mesa. Vamos, dame mi dinero.

Veitel le miró, metió finalmente silencioso la mano en el bolsillo de su levita, y puso sobre la mesa delante de Hippius dos billetes de banco.

— Faltan dos, continuó este en el mismo tono.

Veitel añadió cien escudos.

— Ahora, hijito, los otros ciento, dijo Hippius pegando de nuevo con la moneda encima de la mesa; ¡vamos, valor!

Veitel titubeó un instante mirando al viejo con inquietud, pintándose en el rostro del último una maliciosa alegría.

Este permaneció inflexible, sin dejarse conmover por la desesperacion de Veitel. Entonces el desgraciado llevó de nuevo la mano al bolsillo, y poniendo el cuarto billete encima de la mesa, dijo con voz casi imperceptible:

— Me he engañado de medio á medio respecto á vos, Hippius.

Despues de pronunciar estas palabras, sacó el pañuelo, se desvió, fingió sonarse y enjugó sus ojos arrasados de lágrimas.

Hippius no mostró mayor enfervescimiento por la disposicion elegiaca de su discípulo. Cogió los billetes y los tocó como un objeto precioso que hacia mucho tiempo que estaba perdido, hallado repentinamente de un modo inesperado. Al fin, embolsando su botin, dijo:

— Vamos, examina el negocio con calma, y te vencerás que he obrado contigo como un verdadero amigo. Podia haberte exigido mucho mas.

Veitel, colocado siempre enfrente de la ventana, paseaba sus miradas por la calle oscura. Se sentia lastimado al recordar que volviendo de casa del escribano, su primer pensamiento habia sido causar una sorpresa agradable á su anciano profesor, teniendo la intencion de comprarle una caja de plata para tabaco, y meter en ella diez ducados, y hé ahí que Hippius le juega tan mala pasada.

Como la conducta poco delicada del antiguo legista le habia afectado de tal manera, que no podia proferir una sola palabra, Hippius se levantó tranquilamente, y dijo con aire benévolo:

— Vamos, rapazuelo, no hay por qué desesperarse. Si muero antes que tú, te nombraré mi heredero, y entonces recobrarás tu dinero, si queda todavia algun resto. Ahora voy á buscar el *tokay*, y le beberé á tu salud, tierno y sensible Veitel.

Despues de esto, Hippius se marchó pausadamente.

Veitel llevó otra vez el pañuelo á los ojos y enjugó una amarga lágrima que corria por sus mejillas. Su alegría habia sido emponzoñada, y no podia darse cuenta razonada del vago sentimiento que le agobiaba y que se mezclaba con el dolor de ver mermados sus intereses; pero á pesar de su avaricia, comprendia que acababa de perder algo mas que su precioso metal. El único hombre con quien estaba unido en el mundo, y del cual esperaba notables muestras de amistad, se habia mostrado con él insensible, interesado y hostil. Vivía en pié de guerra con los demás hombres, y no aguardaba de ellos mas que maldades. Solamente á ese hombrecillo con anteojos habia abierto su corazon, y este sentimiento afectuoso, Hippius lo habia herido de muerte con su bárbara demanda; la amistad entre los dos habia terminado. No podia prescindir de él como maestro; pero á contar de este momento, le miró con implacable rencor. Veitel conoció que la maldicion que acompaña á los malvados no los hace miserables solo por sus malas acciones, sino todavia mas por sus buenos instintos.

No obstante, el desaliento del hombre interesado no fué de larga duracion. Sacó resueltamente del bolsillo lo que le restaba de su tesoro, examinó por todos lados cada billete de por sí, y anotó sus números en su cartera y en un papel suelto. Ocultó este papel en un agujero del pavimento, y esta ocupacion le distrajo algo de su pasado disgusto. Pensó en seguida en el porvenir, empezó de nuevo á pasarse agitado por la habitacion y á formar proyectos.

Su posicion en el mundo habia cambiado de un golpe. Como dueño de ocho mil escudos contantes... ¡ay! no eran mas que siete mil seiscientos... se colocaba entre los agentes de su especie en el rango de un pequeño Creso.

Muchos otros hacian especulaciones contando con una fortuna de muchos miles de escudos que no tenían tan buena suerte como él; el mundo no le oponia mayor resistencia que una ostra en un plato: no se trataba mas que de saber de qué palanca se valdria para abrirle á su especulacion. ¿En qué emplearia su capital? ¿cómo lo doblaria ó decuplicaria? Se veia obligado á elegir, y no tenia nadie con quien consultar.

Dos medios diferentes le ocurrían: podia continuar prestando dinero á interés mas elevado; podia especular con acciones, ó bien hacer negocios en lana ó trigo; y con un sentimiento de orgullo, el bribon se decia que de todos aquellos modos podia aumentar su peculio tan bien como el mas avisado de sus cofrades. Pero en todas estas especulaciones exponia su adorado capital.

Podia hacerse rico con la misma facilidad que podia perderlo todo; este último pensamiento le causó tan penosa sensacion, que renunció en el acto á sus proyectos. Habia un género de industria en el cual se podían hacer buenas ganancias pudiendo evitar grandes pérdidas. Al abandonar su pais natal, habia ido como negociante en ropas usadas á los castillos de algunos nobles señores.

En la época en que se hacen las ventas de lanas, habia ofrecido sus servicios á elegantes y bigotudos caballeros, engalanados con cintas y condecoraciones. En el escritorio de su principal se habia ocupado constantemente de la fortuna y de los intereses pecuniarios de los nobles campesinos; conocia demasiado el deseo que el viejo Ehrenthal acariciaba en silencio de llegar á la posesion de cierto feudo señorial, y cuántas veces el hombrecillo de los anteojos le habia aconsejado con burlona ironía que se hiciera propietario de un castillo! ¿En qué consistía, que en medio del dolor que le causaba el viejo Hippius, le viniera repentinamente á la imaginacion el recuerdo de Antonio, su compañero de escuela, y pensara en el dia en que por última vez habia hablado con él?

Tambien, en compañía de su camarada, al dirigirse á la ciudad, atravesó las tierras del baron, y colocado delante de la puerta del establo, habia puesto precio á las parejas de bueyes, cuando una criada le mandó imperiosamente que siguiera su camino. Como un relámpago acudió repentinamente una idea á su imaginacion, y era que él podia, lo mismo que Ehrenthal, aspirar á erigirse en señor de un castillo, haciendo lavar á otros la fina y blanca lana de sus rebaños. Pegó fuertemente



Los funerales de Atahualpa, pintura de don Luis Montero.

en la mesa y dijo gritando : « Lo seré. » Luego se reclinó en la silla cruzando los brazos; desde este momento fijó su punto de partida y empezó á trabajar.

Era de parecer que su resolución le habia hecho adquirir un derecho sobre la propiedad del baron ; ahora se trataba de conquistarle con su dinero, y por este medio hacerle hipotecar las tierras. De esta manera queria colocar de un modo seguro y sin riesgo su capital por algunos años, y trabajar hasta el gran dia en que, con ayuda de su dinero, se haria dueño de toda la posesion.

A mal andar, si no tenia buen resultado este plan que debia ser el objeto invisible de los afanes de toda su vida, á lo menos no habria perdido su dinero.

Entre tanto se dedicaria al comercio en comision ; haria compras y ventas, como tantos otros pobres diablos que se arrebatan de las manos la mitad de un medio por ciento, despreciado por muchos altos personajes adornados con títulos pomposos que hacen en grande el tráfico de terrenos, y que ganan centenares de miles de francos, á fuerza de engaños, de intrigas y corrupcion. Veitel sabia que habia muy pocos medios de que él no supiera valerse, y en esta inteligencia se propuso empezar sus operaciones. Al principio debia permanecer al lado de Ehrental como su factotum, mientras pudiera explotar á su principal.

Rosalía era bella, rica, y no podia considerarse en manera alguna á Bernardo como el heredero de su padre. Tal vez llegaria á ser el yerno de Ehrental, pero este negocio daba treguas. Todavía quedaba otra persona respecto á la cual debia regularizar su posicion ; era este el hombrecillo vestido de negro, que en aquel momento bebia tranquilamente en la sala de la posada el vino que tan caro le habia costado.

Con él llevaria igualmente bien arregladas las cuentas ; le pagaria los servicios que le prestara, no concediéndole mayor grado de confianza que el que exigieran las circunstancias.

Tales fueron las resoluciones adoptadas por Veitel, y despues de haber meditado sobre su proyecto, como un sabio sobre la obra que trata de escribir, metió sus créditos debajo de la almohada, cerró la puerta con llave, la atrancó poniendo detrás un pesado arcon, y rendido por el cansancio moral de aquel dia, se acostó en su duro lecho, él, el nuevo agente improvisado de Rath-sattel, el copropietario de su magnífica posesion.

El pensamiento que preocupaba al traficante era tal vez el sueño absurdo de un loco ; tal vez era el principio de una série de actos atrevidos y combinados con arte por el destino fatal del baron y de su familia. La decision correspondia al baron.

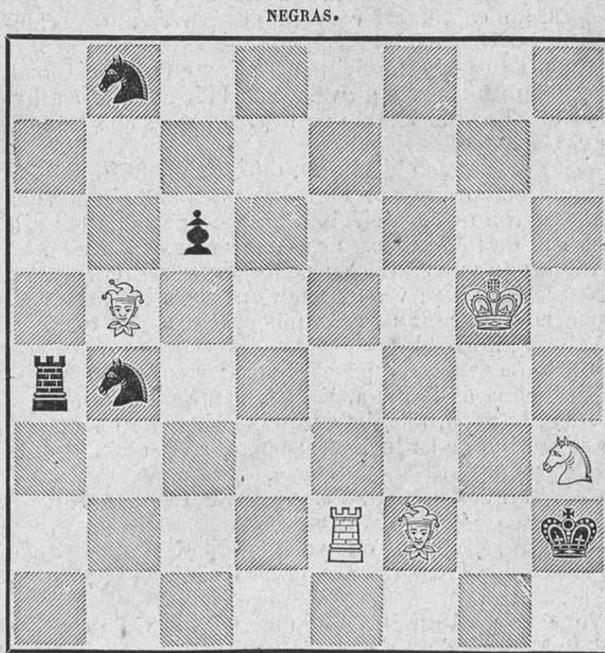
Aquella misma noche, la baronesa y su hija estaban sentadas bajo el emparrado de rosas del parque. Las dos

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 258.

- | | |
|----------------------|----------------|
| 1 T 2ª ARª | C 5ª A |
| 2 C 2ª Rª | C 8ª R ó 4ª Ra |
| 3 A toma C | T Juega. |
| 4 T 2ª T jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 259, POR-M. GROSDÉMANGE.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas

Los Editores-Propietarios responsables :
X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

habian ido quedando calladas poco á poco. La madre, abismada en sus reflexiones, seguia con la vista el vuelo de una mariposa, que con su abultada cabecita queria de todos modos atravesar la llama de la bugia, y siempre se estrellaba contra el globo de cristal que resguardaba la luz contra el aire de la noche.

Sorprendida, volvia á la oscuridad, pero olvidando en seguida el desagradable choque, buscaba de nuevo una abertura en el cristal. Leonor estaba inclinada leyendo, levantaba de cuando en cuando la vista del libro y dirigia una investigadora mirada á la grave fisonomía de su madre.

De pronto se oyó crujir la arena, y el antiguo mayordomo del castillo entró precipitadamente con la gorra en la mano, manifestando su deseo de hablar con el baron.

— ¿Qué os pasa? preguntó Leonor al anciano. ¿Qué ha sucedido?

(Se continuará.)

Los funerales de Atahualpa,

PINTURA ORIGINAL DE DON LUIS MONTERO.

El cuadro que reproducimos representa un hecho considerable de la historia americana en la época de la conquista : las exequias del último de los soberanos del Perú, Atahualpa, que fué condenado á muerte y estrangulado despues de haber recibido el bautismo.

La figura de Atahualpa y la de su hermana, que Ben-zoni representaba en 1520 como un modelo de la belleza india, así como la cabeza de Pizarro, están tratadas con un talento notable en esta pintura, cuyo conjunto honra sobremanera á su autor, el pintor-poeta peruano don Luis Montero. Desde Vazquez, el maestro de Santa Fe de Bogotá, á quien se deben magníficos lienzos de historia sagrada, ningun artista americano se habia elevado á una altura semejante.

El señor Montero se ha inspirado en las obras inéditas del escritor Ondegardo, y ejecutó su cuadro en Florencia, donde ha merecido los mas grandes elogios ; y de Florencia le envió á Lima.

La América del Sur, que cuenta notables inteligencias en todos los ramos de los conocimientos humanos, tiende á libertarse completamente de los tributos que siempre ha pagado á la Europa ; el nuevo mundo progresa, y por ello merece las sinceras felicitaciones del mundo antiguo.

A. DE L.